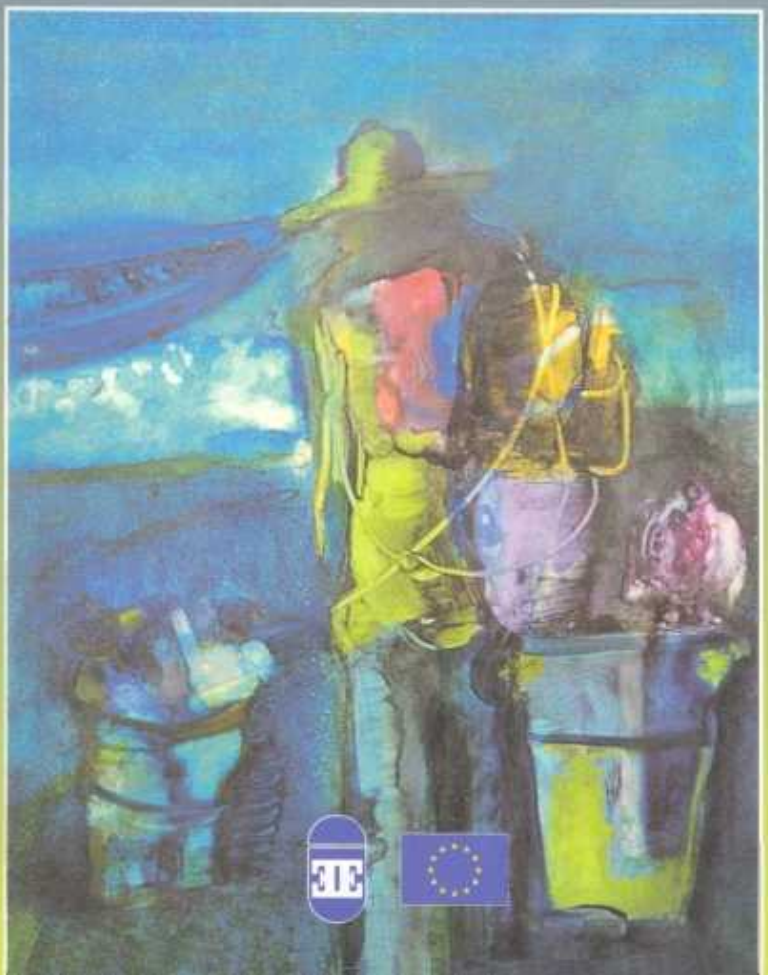
Selección de
Franz García de Paredes

Panamá: cuentos escogidos



Panamá:
cuentos escogidos

Esta obra ha sido publicada por el Proyecto "Educación y desarrollo para la reconstrucción centroamericana", auspiciado por la Unión Europea. Se distribuirá en forma gratuita a instituciones educativas y culturales de Centroamérica.

P863.44
G216p

García de Paredes, Franz
Panamá: Cuentos escogidos / Selección y prólogo de Franz García de Paredes. San José, Costa Rica : EDUCA, 1998.
208 p. ; 14 cm. x 21.5 cm.

ISBN 9977-30-451-3

1. Cuentos panameños. 2. Literatura panameña. I. García de Paredes, Franz. II. Título.

Portada de Valeria Varas basado en el óleo «El Pescador», de Carlos Arboleda, panameño.

Panamá: cuentos escogidos

Selección y prólogo
de Franz García de Paredes

educa

Unión
Europea

CONSEJO ASESOR DEL PROYECTO "EDUCACIÓN Y DESARROLLO PARA LA RECONSTRUCCIÓN CENTROAMERICANA"

Augusto Monterroso (Guatemala)
Benjamín López Guillén (El Salvador)
Roberto Sosa (Honduras)
Gioconda Belli (Nicaragua)
Arnoldo Mora Rodríguez (Costa Rica)
Gustavo García de Paredes (Panamá)

Virgilio Olmos Aparicio
PRESIDENTE DEL CONSEJO SUPERIOR
UNIVERSITARIO CENTROAMERICANO - CSUCA

Sebastián Vaquerano
DIRECTOR DE EDUCA
COORDINADOR DEL PROYECTO

© EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA – EDUCA
Primera edición: julio de 1998
Impreso en Litografía e Imprenta LIL, S.A. San José, Costa Rica

---

Apartado 64-2060 San José, Costa Rica. Fax: (506) 253-9141
Correo electrónico: educacr@sol.racsa.co.cr

Organismo editorial del Consejo Superior Universitario Centroamericano –CSUCA–, integrado por las siguientes universidades: Universidad de San Carlos, de Guatemala, Universidad de Belice, Universidad de El Salvador, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Universidad Pedagógica Nacional "Francisco Morazán", de Honduras, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-León, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Managua, Universidad Nacional de Ingeniería, de Nicaragua, Universidad Nacional Agraria, de Nicaragua, Universidad de Costa Rica, Universidad Nacional, de Costa Rica, Instituto Tecnológico de Costa Rica, Universidad de Panamá, Universidad Nacional Autónoma de Chiriquí, de Panamá y Universidad Tecnológica de Panamá

PRÓLOGO

FRANZ GARCÍA DE PAREDES

El cuento panameño se configura como expresión literaria autónoma, una vez que se despoja de sus semejanzas y diferencias con las otras formas narrativas breves procedentes del costumbrismo romántico de las letras hispánicas, tales como *el artículo de costumbres, las tradiciones y las memorias o recuerdos.* Es por ello que el cuento panameño propiamente tal aparece con la generación modernista[1], y constituye su aportación literaria mas importante a la literatura panameña. De esta generación sobresalen dos cuentistas: Darío Herrera y Salomón Ponce Aguilera. Darío Herrera es el primer panameño en publicar un libro de cuentos: *Horas lejanas* (1903). Es el narrador más representativo de su generación y uno de los más destacados del modernismo hispanoamericano. En su oficio de cuentista confluyen todos los aciertos y excesos del modernismo (cosmopolitismo, exotismo, evasión, etc.) Por su parte, Salomón Ponce Aguilera, aunque modernista por situación generacional, no asume del todo las preferencias de su generación, expresándose siempre en un costumbrismo rezagado, lo que le resta a sus relatos valor representativo.

La generación siguiente, la mundonovista, que reacciona contra el cosmopolitismo y el exotismo de la generación modernista está representada en la evolución del cuento panameño por Ricardo Miró, la cifra más alta de la poesía panameña,

1 He tratado de captar en esta nota introductoria el proceso empírico de la evolución del cuento panameño a través de una sucesión de generaciones, tal como las ordena Cedomil Goic en sus estudios de la novela chilena e hispanoamericana, sin el rigor y la sistematización con que la emplea el estudioso chileno. Ver *La novela chilena: los mitos degradados,* Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968 e *Historia de la novela hispanoamericana,* Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile, 1972.

y a quien se deben algunos relatos de corte ruralista con algunas notas características del americanismo y nacionalismo literarios que propugna esta generación. Es obvio, sin embargo, que el peso de su producción poética le restó importancia a su labor de cuentista que, a pesar de todo, no deja de tener sus méritos literarios.

Después del matizado mundonovismo de Ricardo Miró se manifiesta en la narrativa panameña un grupo de escritores dispuestos a continuar la brecha abierta por él, cultivando una literatura vernácula de escaso vuelo imaginativo. Este programa de exaltar el campo como expresión del alma nacional, expuesto por Ignacio de J. Valdés Jr. en el prólogo de sus *Cuentos de la ciudad y el campo* (1928), fue seguido por algunos de sus coetáneos, entre ellos José E. Huertas, José María Núñez y como brotes más tardíos Moisés Castillo, Lucas Bárcena, Graciela Rojas Sucre y Gil Blas Tejeira. Las ambiciones del grupo plasmadas en el prólogo de Valdés Jr. no fueron, sin embargo, más allá de un costumbrismo superficial carente de intención social.

Con la aparición de «El sueño de Serafín del Carmen» (1931), primer cuento de Rogelio Sinán, se manifiesta una tendencia estética de claro signo renovador que reacciona contra el realismo imperante. Rodrigo Miró califica esta nueva tendencia como «Empresa esteticista que trata de universalizar nuestro ambiente literario, renovando la técnica y ensanchando horizontes».[2]

Los escritores más representativos de la primera generación de esta tendencia, y a la que le corresponde romper con el realismo mimético de la tradición realista en el cuento panameño son: Rogelio Sinán, Roque Javier Laurenza y Manuel Ferrer Valdés. El primero es, sin lugar a dudas, el más importante y, como se sabe, uno de los cuentistas más celebrados de Panamá y del continente americano. Su obra narrativa se distingue por su poderosa imaginación, su amplia cultura literaria y su gran dominio de la técnica y lenguaje narrativo. Laurenza es, al igual que Sinán, un escritor de enormes recursos narrativos, aunque menos original que este. Lamentablemente Lau-

2 *El cuento en Panamá* (Introducción, selección y bibliografía), Panamá, 1950.

renza sacrificó su talento creador en la persecución de actividades ajenas a la literatura. Ferrer Valdés, el más joven de la trilogía, aunque alejado del experimentalismo superrealista de Sinan y Laurenza, continuó en el rumbo trazado por ellos, contribuyendo a afianzar las tendencias estéticas del momento.

Pero fiel a la constante secular de nuestras letras no demora en reaparecer, con la generación siguiente, una tendencia regionalista que, sin rechazar las innovaciones formales que trajo el superrealismo de la generación anterior, propone la representación de un mundo polarizado en oposiciones de clase que tienen su base en desigualdades económicas, políticas y sociales, postulando desde nuevas perspectivas ideológicas, una extensión de los criterios mundonovistas del americanismo y nacionalismo literarios. Los cuentistas de esta generación son: Cesar A. Candanedo, José María Sánchez Borbón y Mario Augusto Rodríguez. Paralela a esta tendencia hay otra más latente que mantiene sus lazos con la generación anterior. Aquí destacan Renato Ozores, Juan 0. Díaz Lewis y Tobías Díaz Blaitry. De los regionalistas, el más destacado es José María Sánchez Borbón. Sus vigorosos cuentos ambientados en su región natal de Bocas del Toro, en los que la violencia del paisaje y las dramáticas circunstancias que agobian a una población multiétnica se nos presentan a través de un realismo que no desecha las contribuciones de la generación anterior. En Candanedo, sus cuentos de ambiente darienita y chiricano proyectan un realismo testimonial y descriptivo. Mario Augusto Rodríguez, por su parte, cultiva en sus cuentos una prosa de más subido valor poético que la de sus compañeros de generación, pero más limitada en la visión del paisaje y sus circunstancias.

Una vez que la veta regionalista empieza a agotarse, los escritores de una nueva generación se dan a conocer. Estos escritores se definen por un irrealismo que busca alejarse de la representación realista del mundo en favor de la apariencia, la ilusión y lo fantástico. Entre los cuentistas más notables de esta tendencia irrealista se cuentan: Ramón H. Jurado, Carlos Francisco Chang Marín y Boris Zachrisson. En el caso particular de Chang Marín, las preferencias literarias de su generación se muestran un tanto débiles, pero es obvio que el componente

irrealista está presente en sus cuentos, a pesar de su postura de escritor comprometido. Por su parte, Jurado y Zachrisson testimonian los rasgos más sobresalientes del sistema de preferencia de esta generación en donde la ilusión y lo fantástico aportan las notas más características del mundo narrado.

La última generación de cuentistas panameños que aquí se estudian, lejos de caracterizarse por ciertos rasgos comunes como sucede con otras generaciones, manifiesta una renovada conciencia de la literatura y del género. Supone, en todo caso, la liberación de los modos de representación tradicionales y esta formada por: Ernesto Endara, Eustorgio Chong Ruíz, Justo Arroyo, Pedro Rivera, Dimas Lidio Pittí, Rosa María Britton, Enrique Jaramillo Levy, Enrique Chuez, Roberto Luzcando, Moravia Ochoa López, Berta Alicia Peralta y Giovana Benedetti .

Después de esa última generación han aparecido, como es natural, nuevos nombres en el panorama del cuento panameño que merecen destacarse: Isis Tejeira, Héctor Rodríguez, Beatriz Valdés Escoffery, Claudio de Castro, Juan Antonio Gómez, Julia Regales de Wolfschoon, Félix Armando Quirós, Antonio Paredes, Rafael Ruiloba y otros muchos que sería imposible enumerar por razones de espacio.

Esta antología requiere una explicación con el fin de señalar algunos problemas en la compilación del material. Es por ello, que el limitado número de autores representados, así como el brevedad de las notas biográficas y bibliográficas obedece más que a un criterio personal a normas dadas por los editores. A pesar de estas limitaciones, nos hemos propuesto brindar, a través de los autores seleccionados, un panorama que refleje lo más fielmente posible la evolución del cuento panameño. Es obvio, que el lector avisado echará de menos algunas figuras consagradas. Tal omisión demás está decirlo, no disminuye ni un ápice sus valiosas contribuciones al género.

DARÍO HERRERA

DARÍO Herrera, (1870-1914), obra: *Horas lejanas* (1903) y *Horas Lejanas y otros cuentos* (1970).

LA NUEVA LEDA

—La tarde está linda, mamá; hoy no siento fatiga, no he tosido desde esta mañana... Ves? Respiro muy bien, y creo que pronto estaré bien. Déjeme ir a Palermo: no es día de corso y el paseo me pondrá mejor... te lo aseguro.

La madre contempló a la hija con su angustiosa mirada de siempre, y un rayo de esperanza brilló en aquellos ojos. Sobre la demacración terrosa del rostro de la joven, aparecía difundida una leve aurora; las pupilas tenían resplandores más intensos, y todo el semblante ostentaba inusitada animación, cual si en aquel organismo, corroído por la tisis, comenzara a realizarse una resurrección milagrosa.

El permiso fue concedido; y de la Avenida Alvear la victoria partió, al trote del vigoro tronco. Recostada sobre los cojines del carruaje, Julia bebía con fruición el aire oxigenado de la gran calzada. Iba sola, y esto la contrariaba. Experimentaba la necesidad de hablar; una alegría secreta, cual fluido mágico, le circulaba por los nervios. Nunca se sintió en tan benéfica disposición moral, sus ideas tejían sueños luminosos, y su cuerpo, impregnado de ese jocundo baño interno, se aligeraba, llenábase como de vida nueva, e imprimía a sus músculos agilidad y fuerza... Sí, experimentaba la necesidad de hablar, de comunicarse con alguien, y lamentaba no llevar a su lado a alguna amiga. Pero carecía de amistades íntimas, hacía varios años. El mal se le inició durante el paso peligroso de la infancia a la pubertad, y su manifestación más significativa fue una melancolía constante, que la retrajo de todo trato social. No se la veía desde la época en que, sana y fresca como las yemas primaverales, vertía en torno suyo el encanto de su inteligencia precoz y la gracia de su prometedora belleza. Así atravesó en su victoria, inadvertida,

por entre los concurrentes de Palermo, y fue a situarse junto al lago, bajo la radiosa calma vespertina...

Y en la tarde declinante, el lago esplendía como un espejo, en su quietud bruñida. Los árboles de la orilla lo circundaban, proyectando sus sombras en el agua hospedadora. Por intervalos, desprendíase alguna hoja seca, voltejeaba en el vacío, y descendía a posarse sobre la superficie temblorosa. De las avenidas inmediatas, sordos e intermitentes, llegaban el ruido de los carruajes, el rielar de las bicicletas, o el murmullo de las pisadas de los paseantes. Y la sensación de soledad del sitio, rota un momento, recobraba su imperio; y entonces, vibraba más claro y musicalmente el vuelo de la brisa entre el ramaje sonoro. Arriba, el cielo lucía incólume su azul, pálido como seda antigua; y en el horizonte, una gran nube de violeta episcopal era como un suntuoso catafalco que la noche preparaba al sol.

De improviso, en un recodo del lago, muy cerca surgieron dos cisnes; avanzaron, e inmovilizáronse luego sobre la onda trepidante. Parecían contemplar, con recogimiento meditabundo, la extenuación de la luz. Eran distintos: el uno blanco cual un copo de nieve virgen; el otro negro como el terciopelo funerario; ambos igualmente hermosos en sus opuestos plumajes... Julia los miraba desde su coche, en el que hacía unos minutos se tendía con languidez, perezosa, fatigada, mientras un secreto malestar, una vaga opresión, le acongojaba el pecho, tal como si una bomba neumática, lenta furtivamente, le extrajera de los pulmones dosis de aire. El cisne negro la entristecía sin saber por qué; antojábasele un pájaro mortuorio, y su pico teñido en sangre por algún acto cruel. En cambio, el blanco, al cual iban con más insistencia sus ojos, le traía al cerebro una visión lejana, cuando años antes, viajaba con sus padres por Europa: un cuadro pictórico, visto no se acordaba dónde, en Paris, o en Roma, o en Florencia. En el cuadro, un soberbio cisne, de blancor lácteo, desplegaba amorosamente sus alas sobre el cuerpo desnudo de una mujer, cuyas carnaciones opulentas parecían bañadas en una luz blonda. El cuello del ave se estiraba hasta el rostro, y su pico posábase en la boca audazmente, como ávido de beber la sonrisa de los labios entreabiertos... Aquel cuadro, mirado con indife-

rencia infantil, había persistido, por uno de tantos fenómenos cerebrales, en la memoria de la niña; y de su estado latente pasaba ahora a evocación activa, cristalizándose, lleno de revelaciones... «Qué dulzura suprema —pensaba Julia— la de esas alas sedosas, tibias, sobre la piel estremecida de la inspiradora del cuadro...!»

A este punto, un escalofrío le recorrió el cuerpo como ráfaga glacial. La tarde, sin duda, se enfriaba. Arrebujóse en el abrigo, puesto en el coche por la previsión materna, y volvió a recostarse sobre los cojines. La fatiga le aumentaba; crecía el secreto malestar de su pecho. Intentó retirarse, mas le detuvo el pensamiento de que si allí, en aquel paraje despejado, el aire le era esquivo, peor le sería en cualquier otra parte. Sin embargo, y a pesar del abrigo, un escalofrío más recio le frotó de nuevo la epidermis, sacudiéndola toda. Sutiles corrientes de hielo deslizábanse ahora en la circulación de su sangre. Los oídos le zumbaban. Por el rudo latir de las sienes adivinaba que la cabeza le dolía, que le dolía violentamente; pero, el dolor escapaba a su percepción mental, le era insensible. Y la ligereza fluida de su carne, en vez de aminorar, progresaba, prestándole la ilusión de ser ya un elemento etéreo... Súbito, el paisaje se nubló; los seres y las cosas circundantes palidecieron, perdiendo sus perfiles y contornos. Luego se borraron, se disiparon, se extinguieron y ante sus ojos solo quedó flotando una gruesa bruma gris.

En verdad, aquello era anormal. Así lo comprendió Julia. Dióse también cuenta de que en ella moraba la causa, de que había recrudecido su enfermedad, de que se hallaba, tal vez, muy grave. Convino, de modo cabal, en lo urgente de su regreso a casa; y trató de incorporarse para dar al cochero la orden. Pero dominaba su voluntad una inercia imperiosa, y su pensamiento permaneció incapaz de exteriorizarse. Y no pudiendo abandonar su actitud, inapta a toda acción física, cerró, resignada, los ojos al peso insostenible de los párpados... Entonces, al través de ellos —cual si fueran substancia translúcida— vio operarse una como representación teatral, en la que, a un tiempo, ella actuaba y presenciaba, siendo, por tal virtud, la espectadora de sí misma.

En su casta desnudez, semejando una flor cándida, Julia se mecía sobre el lago. El agua era templada; pero, a ratos, colábanse por entre ellos hilos finísimos de un líquido más denso un líquido congelante, a cuyo roce el cuerpo le tiraba con temblores espasmódicos. El firmamento, velado por nubes caliginosas, era una lámina de plomo; y sobre ese fondo, sombríamente gris, en el cenit, un sol enorme, níveo, como de plata fundida, flameaba. La hoguera meridiana encendía la atmósfera; y ésta, bochornosa y rarefacta, producía en la joven jadeos sofocados.

En torno suyo, distante, un cisne blanco trazaba círculos centrípetos. Verificaba la aproximación de espacio, en silencio. A medida que se acercaba, engrandecía, abrillantándose su blancura, hasta despedir reflejos deslumbradores. Ya junto a ella, gigantesco, irradió un calor húmedo, y la envolvió en él, provocándole una transpiración copiosa. Enseguida le rozó el cutis con la felpa del plumón; el pico le cosquilleó en los labios, y las alas tendiéronse y empezaron a abanicarla rítmicamente... Pero todos estos contactos no la deleitaban, ni le eran siquiera inofensivos; antes bien, causábanle agudos martirios. El plumón tenía la frialdad cáustica de la nieve; sobre su boca el pico imitaba una ventosa que le sorbía, poco a poco, con tenacidad implacable, la respiración; y el aire removido por aquel inmenso abanico carecía de frescura, tornándose, al contrario, en una especie de gas, cada vez más asfixiante. Y el terrible pájaro gravitaba, ya por entero, en sus miembros paralizados, con peso abrumador. Y le fue odioso, infinitamente odioso; y como su cuello curvo serpenteaba sin cesar delante de los ojos de ella —de nuevo abiertos, casi exorbitados— alargó los brazos para asírselo; para, a su turno, asfixiarlo, estrangulándolo, y de esta suerte cobrarle con todo su sufrimiento...

La extraña dualidad que poseía le permitió verse: su mano se agitaba en el espacio persiguiendo, en pugna encarnizada, el cuello del cisne. Y aquel cuello serpentino la chasquea, siempre, evadiéndose de los dedos con vertiginosa rapidez, en una burla abominable, en zigzaguear tormentoso. La lucha duró unos minutos; al fin cansada abatió los brazos, recuperándola su inercia. Y para salvarse, al menos, de la visión de esa

víbora blanca —la cual, después de oscilar burlona ante su vista, le reanudaba en los labios la horrible succión del aliento— convirtió los ojos a lo alto. El cielo presentaba una modificación siniestra: tenía ahora el tinte de un terciopelo fúnebre. Y sobre aquella techumbre fatídica, fijo aún en el cenit, el sol se había trocado en una esfera roja, de un rojo sangriento y opaco. También la actitud de ella en el lago era diferente: hallábase en pie, rígida, encima del agua, que la soportaba y retenía como una imantada superficie sólida. Y así erguida, el malestar interno seguía su labor torturadora, duplicado, mientras fuera las alas continuaban abanicándola, removiendo, trasmutando el aire, enviándoselo en ondas crecientes de gas asfixiador. Y sobre su carne convulsiva el contacto del plumón era más frío...

Un brusco dolor en el pecho, un dolor atroz, destrozante como una mordedura la obligó a bajar los ojos. Y su espanto no tuvo límites. El monstruoso pájaro le horadaba el pecho, arrancándole pedazos de carne viva... La mirada agresiva dardeándola con sus pupilas fosfóreas en centelleos malignos. Luego, el pico volvió a penetrarle por el seno izquierdo, taladrándoselo, y empezó, dentro, a hurgarle en el pulmón, a mordérselo, a desgarrárselo, deshilachándoselo fibra por fibra con parsimonia feroz El suplicio de ella era horroroso, y lo acrecentaba hasta lo imponderable su tiránica inercia...

Ya se creía condenada irredimible de aquella tortura, cuando de ahí que un tercer actor intervino, surgiendo, de repente, entre ambos. Era un cisne negro, gigantesco también, de lustroso pico escarlata, de plumaje aterciopelado, de aspecto, a la vez, lúgubre y espléndido. Y a su presencia, el blanco retrocedió, se alejó, huyó veloz, evaporándose en la penumbra reinante... «Este viene a seguir más cruelmente la obra del otro» —se dijo Julia, desesperada. Pero oh prodigio! el negro cisne la estaba contemplando benigno, con ojos cariñosos, con ojos maternales, con ojos de una infinita dulcedumbre. Y sus alas se abrieron, y la arroparon, tibias, sedosas, acariciantes. Y aquella comunión de su cuerpo, infiltraba en el de Julia un bienestar inefable: le anestesiaba el pecho, se lo untaba como

de un bálsamo maravilloso, y le desvanecía todos los dolores, todas las angustias, todos los tormentos...

En tanto, no se apartaban de los suyos los ojos del ave, llenos de no sabía qué ultraterrena ternura. Después, el pico la besó en la boca... y Julia sintió que deliciosamente se dormía.

Fue el beso piadoso de la muerte...

ROGELIO SINÁN

ROGELIO Sinán, (1902-1994), obra: *A la orilla de las estatuas maduras* (1946), *Dos aventuras en el Lejano Oriente* (1947), *La boina roja y cinco cuentos* (1954), *Los pájaros del sueño* (1957), *Cuna Común* (1963) y *Cuentos de Rogelio Sinán* (1971).

LA BOINA ROJA

—MIRE, doctor Paul Ecker, su silencio no corresponde en nada a la buena voluntad que hemos tenido en su caso. Debe usted comprender que la justicia requiere hechos concretos. No me puedo explicar la pertinacia que pone en su mutismo.

Paul Ecker clava sus ojos verdes en el vacío. Siente calor. Transpira. Las pausas isocrónicas de un gran ventilador le envían a ratos un airecillo tenue que juguetea un instante con las rojizas hebras de su barba.

(...Allá en la islita no hacía tanto calor. Era agradable sentarse en los peñascos a la orilla del mar... Hundir los ojos en la vasta movilidad oceánica... Ver cómo se divierten los raudos tiburones... Y sentir la caricia del viento que te echa al rostro la espuma de las olas...)

—Hemos tenido, doctor, no sólo en cuenta el merecido prestigio de que goza como biólogo y médico sino también las múltiples demandas de clemencia enviadas por hombres celebérrimos, por universidades, academias, museos... ¡Vea qué arsenal de cartas!... De Londres, Buenos Aires, Estocolmo, París... Esta de Francia nos hace recordar que dos años antes tuvo usted el honor de presidir el Gran Congreso Mundial de Ictiología que se reunió en La Sorbonne... ¿Recuerda?... Menos mal que sonríe.

(La Sorbonne!... Sí, allí la conoció... Tenía el aspecto de una inocente colegiala pero ¡qué embrujadora!... Lo que más lo sedujo fue su faldita corta azul marino y aquella boina roja levemente ladeada sobre una sien...

«Sólo quiero su autógrafo —le dijo—. Yo me llamo Linda Olsen y estudio en La Sorbona. Me interesan las ciencias. Quisiera hacer pro-

digios como Madame Curie... ¿De qué Estado es usted? Yo soy de Atlanta»).

Paul Ecker se estremece sin saber definir si es por el aire de los ventiladores o por otras mil causas que procura olvidar sin conseguirlo.

El funcionario prosigue:

—En estas cartas nos ruegan ser clementes... Nos mencionan sus recientes estudios sobre diversos temas de ictiología, y, asimismo, como dice John Hamilton, por la gran importancia de su «Memoria sobre la vida erótica de los peces» en la cual relaciona con las fases lunares los cambios de color que, durante el desove, sufren ciertas especies.

(...Por culpa de John Hamilton se la encontró de nuevo en Pensilvania... «¿No me recuerda ya? ¡Soy Linda Olsen, la de la boina roja!... ¡Qué memoria la suya, doctor Ecker! Claro, como no llevo mi casquete purpúreo ni la faldita azul... ¿Qué tal me veo con lentes? Parezco gente seria, ¿verdad? Tal vez por eso no me ha reconocido... Jamás olvidaré nuestros paseos en París... ¿Recuerda, en el otoño, cómo caían las hojas?... ¿Y el paseo vespertino en las barcazas del Sena? ¿Y aquella tarde alegre en lo más alto de la Tour Eiffel? Tengo en casa la foto, ¿ya recuerda?... Bueno, doctor, no quiero fastidiarlo... Le debo declarar de todos modos que este encuentro no ha sido casual... He venido a buscarlo porque en lo prensa he visto que el Instituto de Piscicultura lo envío a estudiar los peces del Archipiélago de las Perlas cerca de Panamá... ¡Qué maravilla!... ¡Pasar un año entero disfrutando del Trópico, del mar, del sol, del aire, libremente y en íntimo contacto con la Naturaleza!... ¡Tiene usted que llevarme!... Es necesario que yo sea su asistente... ¡Doctor, se lo suplico!... Vea que tengo razones para hacerle este ruego... Ya estoy desesperada... Mire si no: Usted sabe que me gradué en París... Bueno, de nada me ha valido todo eso. Todavía ando cesante... ¡Sí, sí, no he de negarle que recibí una oferta de John Hamilton!... ¡Qué ofensa! ¿Se imagina? Yo, asistente de un hombre de color... ¡Oh, sí!... Todo lo célebre que usted quiera llamarlo... Ni me lo diga... Yo sé que es candidato al Premio Nobel... ¡Sí, sí!... Pero aun así... Usted comprende, doctor...)

El juez respira incómodo. Se enjuga la calva con el humedecido pañuelo. Y, haciendo mil esfuerzos por conservar la calma, declara:

—Todo ello nos obliga a ser un tanto indulgentes... pero necesitamos saber de todos modos el paradero de Miss Olsen... Cuando lo hallaron a usted sobre la playa de Saboga, parecía enajenado... Llevaba en la cabeza la boina roja de ella... Su ropa, hecha jirones, daba a entender su lucha con las olas entre los arrecifes... Tenía además las manos y los pies rasguñados. La sangre de una herida más honda había manchado parte de la camisa... A medida que fue recuperando su lucidez mental daba diversos y hasta contradictorios detalles del siniestro lo cual fue buen estímulo para que los marineros de la Base imaginaran e hicieran circular las más extrañas versiones del suceso... Unos, al ver deshecha la pequeña chalupa, pensaron que iba usted con Miss Olsen cuando lo sorprendió la tempestad... Otros, por ciertos datos inconexos que usted dejó entrever, supusieron que usted había empujado a Miss Olsen entre los tiburones... Hubo quienes creyeron lo del suicidio por

—Hay circunstancias en las que... ¿Sabe usted?... Es tan complejo todo esto que... Para explicar los hechos y evocar claramente la pura realidad sería preciso acusar a personas que a lo mejor son inocentes...

—Si hay fe de esa inocencia, no las complica usted en absoluto ...Y, además, ya le he dicho que esta causa la estamos ventilando con la más rigurosa reserva... Puede estar bien seguro de que nada de lo que aquí se diga saldrá de este recinto. Prosiga usted.

—Nuestros primeros días en el islote fueron de una belleza inexpresable... La casa era muy cómoda... Mientras la vieja la arreglaba y atendía a la cocina, Linda, los muchachos y yo, deambulábamos de roquedo en roquedo reconociendo las encantadas costas... No podría describirle la sensación de magia que iba sobrecogiéndonos en aquel tibio ambiente de luz, color y trinos... Yo, pecador de mí, perdía mi tiempo, si así puede decirse, entusiasmado por múltiples hallazgos de índole puramente científica. Ben y Joe, los dos jóvenes, tenían que acompañarme cargando mis enseres... Aquello, al parecer, los distraía; pero, ella, en pleno goce de su explosiva adolescencia, languidecía de hastío... A veces nos seguía coleccionando conchas y caracoles, pero más le agradaba vagar entre los árboles. Y era que, sin nosotros, no quería estar en casa, porque sentía no sé qué desconfianza contra la vieja... Era más bien como una especie de repulsión, de asco, de vago presentimiento. Por las tardes, después de las labores, yo solía dar con ella largos paseos románticos... Debo advertirle que jamás pensé en la posibilidad de un idilio. Hubiera sido ridículo, ¿comprende usted?... Mi edad y la misión que fungía me daban cierto tono de tutor frente a ella... De modo que por ética profesional y, sobre todo, por mi constante razón de estar en éxtasis, abstraído, embebido, no podía darse aquello...

Ecker reprime un gesto que deja traslucir una ligera aflicción.

El funcionario comprende que ha presionado un punto neurálgico. Casi inconscientemente oprime un timbre.

—Descanse usted, doctor.

Y, al entrar el ujier, se enjuga el rostro mientras le dice:

—Tráiganos agua fresca.

El doctor Ecker vuelve a clavar sus ojos en la verde lejanía del recuerdo.

¿Cómo hacerle entender a aquel obeso señor de piel viscosa lo que fue para ellos el farallón?... ¿De qué modo hacerle inferir que aquello tenía cierto epicúreo sabor de égloga antigua, de pastoral pagana, de bucólica sinfonía tropical?...

(...Trastornado por la naturaleza alegre de la isla, enceguecido por la gran soledad que lo rodeaba frente al mar y el cielo, y obsedido por el jovial efluvio de Linda Olsen, Paul Ecker despertó como a un mundo jamás imaginado sufrió una especie de mágica metamorfosis, y, al dejar la crisálida que lo hacía parecer severamente científico, sintió de sopetón el estallido solar y la excitante fragancia de las olas... En vano resultaba que, tratando de aferrarse a la ciencia, procurara esconderse entre las celdas de sus razonamientos... Cuando más concentrado analizaba ciertos epifenómenos como el de las anguilas que cambian de color durante el celo o cuando iba a sacar la conclusión de que las gandulas hipófisis rezuman las hormonas... oía la voz de Linda que, subida a los árboles o hundida entre las olas le dejaba entrever su boina roja... Recordaba Paul Ecker varios acantilados en forma de escalones donde dejaba el mar pequeñas pozas que Miss Olsen usaba para bañarse... Una vez cayó en una de la que no podía salir porque los bordes estaban resbalosos... Él escuchó sus gritos y, pensando en Andrómeda atacada por el monstruo, se lanzó a rescatarla... La tuvo que sacar así desnuda —¡maldita timidez!— tras mil esfuerzos y graves resbalones... Esa noche Linda Olsen hizo bromas y rió bajo la luna poniendo en entredicho su varonía. Hubo, claro, un instante en que la sangre se le encendió de pronto... Sintió que se iba hundiendo en un abismo profundo... Y esa noche fue Andrómeda quien devoró a Perseo... Desde entonces...)

Una golosa mosca queda presa en las alas del gran ventilador.

El mofletudo custodio de la ley se abanica.

—Se dice que Linda Olsen iba a tener un niño, ¿no es así?

—Desde luego.

—Todo ello a consecuencia...

—¿De qué?

—De sus amores...

—No sé a qué se refiere.

—Bueno, en definitiva, queda casi probado...

—Que el hijo no era mío.

—¡En qué quedamos, mi querido doctor!

—Creo haberle dicho que Miss Olsen erraba de un lado para otro, rebosante de vida, plena de juventud, trastornada por los encantos mágicos de la isla. Yo no podía atenderla... Usted comprende... Yo estaba dedicado en cuerpo y alma a vigilar en las charcas y entre los arrecifes la heteróclita ovulación de los peces... Mis severas costumbres ponían entre nosotros una muralla rígida de austeridad...

(...Más allá de ese muro, todo era égloga bárbara, pagana libertad en la que él, lujurioso, saltaba como un sátiro tras una ninfa en celo...)

—¿Cómo se entiende entonces que Linda Olsen?...

—Déjeme usted decirle... Convencida de que yo no era el tipo que requerían sus veleidades de juventud, sonsacaba por turno a Ben y a Joe con el pretexto de que la acompañasen a buscar frutas... Yo no veía en todo ello nada malo... Comprendía que eran cosas de adolescencia... Me pareció al principio que Miss Olsen se divertía flirteando con Ben Parker. Eso era lo normal, dado su enojo contra la gente de color... En efecto, noté que Ben y Linda se perdían con frecuencia. Sin embargo, pude entrever que al poco tiempo Ben Parker la rehuía... Desde entonces (¡caso bien anormal!) ella buscaba a Joe para sus juegos y andanzas... Aquello parecía divertirla, pues la sentía reír de buena gana... También me sorprendió lo acicalado que andaba el negro Joe, quien, a la luz de la luna, solía entonar canciones quejumbrosas al son del banjo. Aún recuerdo una de ellas de indudable intención enamorada...

¡Qué bonita boina roja,
la boina mía.
Oh mar azur...
Cuando la veo se me antoja
una sandía
de Carolina del Sur...!

Una tarde, lo recuerdo muy bien, yo examinaba al microscopio no sé qué tegumentos... Me estaba adormilando por causa del bochorno, cuando escuché los gritos de Miss Olsen. Pensé que a lo mejor la habría picado una coral o acaso una tarántula... Al asomarme atónito, la ví venir corriendo, desgreñada, gritando... «¡Socorro! ¡Me ha violado!»... Noté que el negro Joe, loco de pánico descendía hacia la rada casi volando... Bajé por el barranco precipitadamente para pedirle explicaciones, pero él logró embarcarse, cuchichcó con Ben Parker, y ambos partieron en la lancha... Sin perder un minuto, subí hasta el promontorio para hacer las señales con el semáforo dando parte a la Base, pero lo sorprendente, lo increíble, fue que en ese momento Miss Olsen, muy sumisa y al parecer tranquilizada, se me acercó rogándome que por favor desistiera de dar la alarma... Me explicó que un escándalo podía perjudicarla... Prefería que el abuso quedara impune... Yo, que la había pensado toda plagada de prejuicios, sentí la más profunda veneración por ella; resolví defenderla, darle amparo y aun brindarle mi nombre, ya que su gesto para mí; era un indicio de plena madurez y de cordura total... Desde esa tarde, viéndola acongojada, resolví distraerla y procuré interesarla nuevamente en los asuntos científicos que ella había abandonado no sé por qué...

—Perdone: ¿Ben y Joe no regresaron a la isla?

—No por cierto... Cuando fue el Comandante a investigar...

—¿Qué inventaron?

—Le habían hecho creer que yo deseaba estar solo. Desde luego, preferí confirmar esa versión... Y aun dije al Comandante que como ya era tiempo de la freza, prohibiera que sus hombres se aproximaran al islote porque espantaban a los peces y hasta podían interrumpir el desove... Cuando él quiso insistir, le aseguré que la Vudú nos bastaba para los menesteres de la casa... Desde entonces, ya no hubo distracciones y nos dimos de lleno a los cultivos y a la atinada observación de las aguas... La haitiana vivía distante de nosotros, y poco la veíamos; sobre todo porque pasaba el tiempo pescando en alta mar. Navegaba en una frágil chalupa que parecía una nuez en-

tre las olas... Fue entonces cuando Linda pareció darse cuenta de que en su vientre...

—¡El niño! ¿Era del negro entonces?

Sólo puedo decirle que era de ella. Yo iba a reconocerlo como si fuera mío, pero las cosas tomaron otro rumbo.

El doctor Ecker pone el oído atento. Cree escuchar a lo lejos un canto misterioso que parece surgir de entre las olas y siente nuevamente la infernal carcajada de la haitiana que lo persigue a todas horas.

El juez insiste:

—Y en resumidas cuentas, no estaba usted seguro de que el niño fuese suyo o del negro. Sé que hubo relaciones...

—Exactamente. Ella y yo... Usted comprende. De allí mi estado de ánimo, de duda. Sobre todo, porque existe en mi vida un precedente que me hacía presentir dificultades. Me refiero... No sé si ya le he hablado de mi primer divorcio por incapacidad genésica... Mi suegro, que era rico y muy dado a esas sonseras de alcurnia, deseaba a todo trance un nieto debidamente sano, robusto y fuerte que le heredase el nombre y la fortuna. Nació un niño, varón, pero tarado, contrahecho, deforme... Menos mal que sólo duró unas horas... Se estudió el historial clínico de mi gente y se encontró... Usted sabe... No hace falta insistir sobre estas cosas. Mi suegro me obligó a cederle el puesto a un semental de indubitable fecundia... A aquel fracaso inicial debo mis glorias en el campo científico... Conociendo el oprobio de mi destino, preferí refugiarme entre mis libros y me negué al deleite de una familia. ¿Por qué insistir, sabiendo que mis hijos nacerían defectuosos? Por eso, en el islote, procuré estar distante de Miss Olsen... Sin embargo, las cosas no suceden siempre según queremos. La soledad a veces nos precipita en brazos de la lujuria... Ocurrió pues aquello, y ella esperaba un niño que suponía hijo mío, lleno de vida, rozagante y hermoso... Yo, que estaba inseguro de su paternidad, me angustiaba... Mi zozobra crecía a la par de aquello que iba a nacer... Era un dilema sin solución posible, pues si me ilusionaba creyéndolo hijo mío, pensaba en monstruos, en seres anormales, en fenómenos; y si lo presumía hijo del negro, ¡imagínese!... Una secreta esperanza me confortaba

a veces al juzgar que, a lo mejor, aquel ambiente embellecido de la isla podía haber ejercido una influencia benéfica sobre la gestación de la criatura... Sólo por eso o a lo mejor llevado por mi interés científico, no quise deshacer lo dispuesto por la Naturaleza. Lo que más me aterraba era que Linda pudiese abandonarme al enterarse de mi fatalidad; por eso, puesto a escoger entre los dos alumbramientos posibles, yo prefería el del negro... Linda Olsen me pedía que la llevara a la Base para que la atendieran debidamente. Yo se lo prometía, pero estaba dispuesto a realizar yo mismo la operación en la isla, sin testigos odiosos, habiendo decidido adormecerla para que ella ignorara la realidad hasta el momento oportuno... Era tal mi impaciencia, que los días y los meses me parecían más lentos... Aún faltaban como siete semanas para la fecha justa, cuando me di a pensar que a lo mejor el cálculo estaba errado, ya que me parecían excesivos sus sufrimientos y la abultada tirantez de la piel... Olvidaba decirle que así como avanzaba el lapso genésico, Linda era presa de caprichos extraños... Le agradaba pasarse horas enteras sumergida en el mar; y a pesar de su estado casi monstruoso, obsceno, se negaba a usar malla alegando que no la resistía... A la hora de comer, daba señales de la más absoluta inapetencia... Sin embargo, después la sorprendía comiendo ostiones y otros mariscos, vivos... Aquella noche, los truenos y relámpagos habían sobrecogido a Linda Olsen. La veía horrorizada... Temía morir en la isla... Y, ya obcecada por los terrores de la muerte, llamaba a la haitiana para que la ayudara a bien morir... Yo me había dado cuenta de que la negra Vudú se dedicaba durante mis ausencias a prácticas ocultas para aliviarle a Linda los dolores... La tempestad rugía bajo las fuertes trallazos de la lluvia... Contorsionada sobre el lecho, la grávida gemía, atormentada por los desgarramientos más atroces... Yo, que ya enloquecía por la tensión de mis nervios, preferí (no había otra escapatoria) precipitar aquello para salvar a Linda. De lo contrario, yo estaba bien seguro de que, aún faltando un mes, su organismo no podría resistir... Enfebrecido por la más angustiosa desesperanza, me resolví a operar... La inyecté... Al poco rato le entró un sueño profundo... En ese estado como de duermevela nació por fin aquello.

No quiero recordarlo... Era una cosa deforme, muerta, fofa... Temiendo que Linda Olsen pudiera darse cuenta al despertarse, corrí bajo la noche aun tempestuosa y eché el engendro al mar; así borraba toda huella o vestigio de su fealdad. Desde entonces tengo los nervios rotos...

—No debe preocuparse. Lo importante era salvar a Linda Olsen.

—Y la salvé en efecto, pero tuve el temor de que al saber la verdad me abandonara, y preferí inventarle la mentira de una criatura negra. «¿Dónde está? —me gritaba—. ¡Quiero verla!». No sabiendo mentirle, me enredé más y más hasta quedar frente a ella convertido en un vulgar asesino.

...(Paul Ecker se estremece... Abre las ojos desmesuradamente como sobrecogido por una extraña visión. Cree oír de nuevo la carcajada de la haitiana y el misterioso canto del huracán. Ante sus ojos se extiende el mar inmenso, y le parece ver surgir de sus olas la cabeza de Linda con las pupilas fijas como en estado de trance. Sólo Paul Ecker oye su voz que dice:

—No me agradan los negros... No puedo remediarlo... Es algo que he llevado en la sangre desde pequeña. Son taras de familia que no es el caso discutir... Con todo y eso, confieso que Joe Ward no tuvo nada que ver con nuestro asunto... Si a alguien le cabe culpa es a mí... Yo te mentí, Paul Ecker, premeditadamente o por irreflexión momentánea... Mejor dicho, no hubo ficción alguna más bien malentendido... Lo cierto es que el ambiente de la isla me hechizó transformándome, me hizo ver en mí misma a otra persona distinta de la de antes... Para mí pobre víctima de las inhibiciones sociales, aquello era un milagro de libertad... Allí en la isla no había prejuicios que me ataran... Deshice mis cadenas y me sentí a mis anchas, con ganas de gritar, de hundirme integra en la embriaguez del ambiente... Todo en la isla me parecía un milagro de la Naturaleza... Los colores del mar; el juego alegre de espumas y gaviotas; el canto de los pájaros; el brillo de la luz; la exuberancia de vida; la canícula; y el olor penetrante de la tierra después de la tormenta.

Todo hablaba de amor, todo era un himno pagano que me inundaba como en una vorágine lujuriosa, lasciva... Mi juventud ardía-...Mi cuerpo joven se deshacía en un delirio deslumbrado... Por eso, en pleno goce de mis actos, retozaba descalza bajo la lluvia... Quería ser

una nota en el gran canto de la Naturaleza... ¡Con qué placer ansiaba vengarme de la vida dejada atrás...! Por eso me entregué sin preámbulos al rubio Parker... Lo hice sencillamente, como lo hacen los pájaros y las aves del mar... Aquello para Ben sólo fue un rato de ofuscación... Pensó en las consecuencias y, aterrado, ya no quiso acercárseme... Me huía... Yo, en cambio, lo deseaba sin compromiso alguno... Quería saciar mi sed, pues ya era tarde para frenar mi impulso. Y, decidida a dominar sus temores, dispuse darle celos coqueteando con Joe. No he de negar que, aunque siento repudio contra los negros, no probé desagrado sino más bien placer... Me causaban deleite las piruetas y las mil ocurrencias de Joe Ward... Joven fuerte, radiante, tenía los dientes blancos y reía con una risa atractiva... La atmósfera de la isla y la fragancia de la brisa yodada me lo hicieron mirar embellecido como un Apolo negro... Comencé a darme cuenta de que estaba en peligro de entregarme, pues ya me le insinuaba con insistencia... Él, viéndose deseado, fue cayendo en la urdimbre devoradora... Una tarde (Ben Parker lo esperaba en la lancha, pero Joe prefirió jugar conmigo) yo le tiraba frutas desde un árbol cuando de pronto me zumbó un abejorro... Asustada, quise bajar del tronco y resbalé... Joe, acercándose, me recibió en sus brazos y me besó en la boca... Sentí como una especie de vórtice que me arrastraba... Ya a punto de caer, lancé un grito y huí aterrorizada... Cuando tú, Paul, saliste, tuve vergüenza de parecerte una chiquilla ridícula, e irreflexivamente grité como una histérica: «¡Socorro! ¡Me ha violado!»... ¡Pobre Joe!... Sobrecogido de pánico, se tiró cuesta abajo y, embarcándose, puso rumbo a la Base en compañía de Ben Parker... Luego, puestos de acuerdo, no quisieron volver... El negro dijo que había visto fantasmas en la isla... Seguramente lo que sí presintió fue la horca y el espectro de Lynch... La premura que tú pusiste en mi defensa y tus prolijos cuidados, aparte de tu oferta de matrimonio (que yo no comprendí a primera vista) me hicieron acercarme a tu vida, a tus estudios... Luego, al notar que iba a ser madre, me apresuré a aceptar tu propuesta matrimonial... Que el niño era de Parker, no había duda; pero eso qué importaba... Yo sabía que tú estabas embebecido... Me casaría contigo, y la criatura tendría un padre más digno que el rubio marinero... Cuando me puse grave... Recuerdo que esa noche llovía terriblemente... Brillaban mil relámpagos... Y me atemorizaban los truenos y el estruendo del mar... Después, no supe más... Al despertarme, ya era de madrugada... Pensé en mi hi-

ja... No sé por qué pensaba en una niña, con su carita linda y sus bracitos que yo le besaría... ¿Sería idéntica a Ben?... Abrí los ojos... Me vi sola en la estancia... Pensé: «¿Qué será de Paul Ecker y de mi niña?...» Llamé. No hubo respuesta. De pronto oí tus pasos. Espere ansiosa. Entraste... ¿Qué te pasaba? Te noté preocupado, las ropas húmedas, el semblante sombrío. «¡Pobre!» —pensé— «seguramente se ha fatigado mucho. «Te acercaste a mi cuerpo con dulzura infinita; me besaste las sienes me hablaste de tu oferta de matrimonio y aun me dijiste que ya faltaba poco para el viaje de vuelta a Filadelfia... Yo, desde luego, sólo insistía en mi anhelo de ver a la criatura, pero no me hacías caso... Seguías hablando como si nada... Cuando, ya recelosa, te insté a mostrármela, te vi tartamudear. Adujiste primero que hiciste lo imposible por salvarla. Después, compadecido, me dijiste que era una niña negra... Aquel infundio me iluminó. Tuve la clara percepción del crimen... Vi enseguida que habías matado a mi hija por celos de Ben Parker. Bien sabías que era de él... ¡Asesinaste a mi niña, a mi pequeña criatura hermosa y bella!... ¡Asesino, asesino!...)

El funcionario golpea impacientemente la mesa con un lápiz como para llamar la atención del acusado.

Luego, con gran paciencia, dictamina:

—La circunstancia del naufragio y a lo mejor los golpes recibidos le han grabado los hechos, exagerándolos al punto de crearle en la conciencia un fastidioso complejo de culpa. Sin embargo, lo que hizo aquella noche es lo normal. ¿Quién va a acusarlo por no guardar un feto?... Lo que deseo saber son los motivos que lo obligaron a embarcarse en una frágil chalupa, bajo la tempestad, en compañía de Linda Olsen. Yo pensé que, creyéndose incapaz de operarla, quiso llevarla a todo trance a la Base; pero debió ser otra la razón, ¿no es así?

(...¿Cómo explicarle al juez la gran verdad, si a medida que avanzaba hacia ella la creía menos real? Ya él mismo comenzaba a dudar de lo que había comprobado con sus manos en las que aún persistía la sensación del milagro. ¿Cómo hacerle entender sin prueba alguna que aquel raro prodigio no fue ilusión de sus sentidos? Paul Ecker sabe bien que si declara la verdad que él conoce, traerán a un alienista para que lo examine. Sin embargo, sólo piensa en aquello... Esa noche, mientras la tempestad ponía su infierno de luces y de ruidos, él, deseando conocer la verdad y ya cansado de ver sufrir a Linda, resolvió adormecerla...

En ese instante surgió el raro misterio... Vió una carita fina, muy tierna, sonrosada, y unos bracitos tersos impecables... Sintió un júbilo tal que estuvo a punto de descuidar el parto... Y ya anhelaba recibir en sus manos a la criatura para sentirla suya, perfecto y sana, cuando aquello saltó, dió un coletazo y rebotó sobre el lecho... Quedó paralizado, con la esperanza en éxtasis como si de su gesto dependiera la paz del mundo... Lo que bullía frente a él, sobre las sábanas, era un mito viviente: un pez rosado como un hermoso barbo, pero con torso humano, con bracitos inquietos y con una carita de querubín... Aquella cosa de rasgos femeninos tenía todo el aspecto de una sirena... Él las había admirado en obras de arte, en poemas... Todavía recordaba los divinos hexámetros de

fama, del genio... Las universidades le brindarían honores y condecoraciones... Y ya veía su nombre en los carteles, anunciando la gloria de Paul Ecker, cuando notó que la sirena perdía vitalidad y retardaba sus saltos poco a poco como lo hacen los peces sobre la playa... Comprendió que siendo el mar su elemento, no tardaría en morir fuera de él... Ya apenas susultaba y abría la boca, agonizante, poseída de asfixia en un esfuerzo final de vida o muerte... Oh, en ese instante, todo lo hubiera dado por salvarla... La recogió en sus brazos con el mayor esmero y, apresuradamente, corrió hacia el mar... Ya las primeras luces anunciaban la aurora y el huracán había cesado... Sólo seguía cayendo una llovizna suave, persistente... Se hundió en el agua casi hasta la cintura y en ella sumergió a la sirena con la ritualidad de quien impone el bautismo... Poco a poco la notó revivir. Y, al ver que ya su cola abanicaba las aguas lánguidamente la dejó rebullirse para ver si nadaba. ¡Fue una absurda locura!... Nunca debió intentarlo... La sirena dió un coletazo fuerte, hizo un esguince y, aunque él quiso evitarlo, sumergióse fugaz... Aun percibió un instante sus relumbres entre la transparencia y, al perderla definitivamente, se quedó como en babia... Había dejado huir de entre sus manos la gloria, y había ocurrido todo con tal celeridad que aún Paul Ecker se imaginaba aquello cual jirones de nieblas entre el sueño... ¿Cómo explicarle a Linda aquel misterio? ¿Cómo hacerle creer lo que ya él mismo condenaba a la duda?)

El juez insiste:

—Si había ocurrido todo ¿por qué desafió usted la tempestad en esa frágil chalupa con Miss Olsen? ¿No quiso resignarse a aceptar la realidad de los hechos?

—Pareció que en efecto se resignaba, que creía a pie juntillas lo que le dije... Yo me mostré solícito con ella e hice venir a la haitiana para que la cuidara. Había quedado muy débil y fue preciso restaurarla con tónicos y caídos... Cuando ya se sintió fortalecida, la acompañé unos días en sus paseos, y, como ya las lluvias iban cesando, proseguí mis estudios entre los arrecifes... Fue entonces cuando noté en Linda los trastornos que me pusieron en estado de alerta... Linda sufría una angustia cuyas causas no me sabía explicar... Le asediaban los fantasmas del mar en pesadillas nocturnas con sobresaltos... El mundo de los sueños era para ella un antro de tormentos del que se liberaba despertándose con alaridos de terror... No se

atrevía a dormirse, pues se veía rodeada por monstruos pisciformes que danzaban en una extraña ronda de risas, cantos, espumas y coletazos...; una especie de carrusel proteico con ritmo acelerado en cuyo vórtice le parecía caer hasta ir hundiéndose en viscosas sustancias de frialdad tan intensa que le paralizaba las piernas... Yo tenía que frotárselas porque se le dormían y alegaba que eran un solo témpano de hielo... La vieja haitiana diagnosticaba que eso era de índole reumática debido a que Linda Olsen pasábase las horas sumergida en el mar, no tan sólo por el goce del baño sino que había insistido en su nauseante costumbre de alimentarse con moluscos vivientes... Esta rara manía que antes supuse antojo de gravidez llegó a acentuarse al punto de serme intolerable... Su gran voracidad no hacía distingos entre algas, y babosas... La vi engullir medusas a mordiscos con la fruición de quien deglute moldes de gelatina...

El funcionario no logra reprimir un gesto de asco.

Confundido, no sabe qué decir y explica:

—Por lo que veo tratábase de una extraña psicosis... Afortunadamente el psicoanálisis...

—¡No hay remedio mejor que el sol, el mar y el aire!... Lo grave es que el conflicto fue agudizándose con manifestaciones de terror...

—Motivado...

—Por un poder ignoto... Ella explicaba que se sentía atraída por un abismo de deleitables transparencias... Ese augurio de goces con posibilidades de agonía la ponía en trances contradictorios de repulsión y simpatía como ocurre con la inexperta adolescente que, sintiendo la seducción erótica, frena el deseo por miedo de la culpa... Esa idea nebulosa de su trastorno adquiría a veces la seductora forma de tritones que la inhibían cantando obscenidades cuando no retozaban con carcajadas ebrias... De allí su afán constante de chapalear entre las ondas tan intenso, que a veces levantábase del hecho, sonámbula, y, desnuda, se dirigía a la playa a grandes saltos... Estos diversos síntomas me fueron indicando su fatal propensión a convertirse en sirena... Tenía que darle alcance, despertarla y devolverla a su lecho... En ese estado de éx-

tasis me hablaba y razonaba sin percepción exacta de sus actos... Una noche me confesó que estaba enamorada del mar, y, seducida por él, aseguraba que llegaría el momento en que tendría que dársele definitivamente... Meditando sobre ello elucubré lo del Complejo de Glauco de que tanto se ha hablado en los periódicos... Debe usted recordar que ese héroe mítico comió de ciertas yerbas y se sintió atraído por el mar hasta el grado de no poder frenar su ciego impulso... El pobre no tuvo más remedio que sucumbir. Sumergido en sus ondas, las nereidas lo metamorfosearon en tritón o algo por el estilo... Yo, en mi tesis, traté de demostrar que tal complejo resulta frecuentísimo en nuestros días... La extraña enfermedad se manifiesta en gradaciones diversas que van desde el ligero chapuzón deleitable hasta el suicidio fatal, cuando el ahogado, con los ojos abiertos, reposa al fin sobre algas que hacen las veces de mortaja...

El juez siente un ligero estremecimiento. El desagrado le hace expresar su encono:

—Si sabía que el conflicto podía llegar a excesos tan macabros, ¿por qué se descuidó, por qué motivo no puso usted reparo?... Pienso que lo acertado hubiera sido conducirla a la Base.

—¡Ni pensarlo!

—¿Por qué? ¿Quiere explicarse?

—Porque sencillamente Linda era para mí el único campo de experimentación. Oh, usted no sabe lo que eso significa para un científico... Yo deseaba sacar mis conclusiones sobre el nuevo complejo, lo cual hubiera sido imposible sin el debido estudio de su proceso evolutivo hasta hallarle solución terapéutica... Y aunque esa le parezca una razón egoísta, no era la única... Si me sentía capaz de mejorar a Linda Olsen, ¿cómo iba a darme por vencido?... Se abría clasificado como un fracaso de mi parte. Dejar que otros colegas atendiesen el caso me hubiera parecido un absurdo, ¿comprende?... Se habría venido abajo mi teoría del complejo. Por tal motivo...

—... No tuvo usted reparo en descuidar una vida...

—¡No! ¡Eso no! ¡Se lo juro! ¿Quién más capacitado que yo para atenderla, sobre todo cuando en el caso de ella yo no

veía al paciente casual sino algo íntimamente ligado a mis afectos? Mi pasión por la ciencia no era tanta como para sacrificar a Linda Olsen. Muy a la inversa. Mi vida hubiera dado por su existencia... Yo deseaba curarla siguiendo un plan pre-establecido... Lo malo es que nosotros, a veces, creamos síntomas jamás imaginados por el paciente... Con gran razón se ha dicho que las enfermedades las hemos inventado los médicos... En el caso de Linda me apasionó el complejo de Glauco a tal extremo que solo hablaba de él. A lo mejor todo ello fue contraproducente.

—¿Qué insinúa usted con eso?

—No sé... Suposiciones... Tal vez fue mi insistencia lo que la hizo pensar que era posible transformarse en sirena.

—Siga usted.

—En efecto, vi presentarse en ella síntomas parecidos a los de Glauco... Por ejemplo, noté que lo de la parálisis de sus piernas era, hasta cierto punto, ficticio, ya que podía moverlas... Se las imaginaba, eso sí, unidas como si algo invisible les impidiera su ritmo individual. A cada rato se las palpaba inquieta, pues tenía la impresión de que su piel iba adquiriendo características viscosas... No había duda de que el mal avanzaba sin que yo hubiera hallado su mejoría... Y era que meditando sobre las mismas causas que motivaron su dolencia, recordé que en la noche del parto lo que más la afectó fue el explosivo fragor del huracán. Los truenos y relámpagos, el bramido del mar y los silbidos del viento le infundieron la idea de un cataclismo final en el que todo se hundía... No era difícil, pues, imaginar que una impresión parecida podía serle benéfica... Por eso yo esperaba con verdadera vehemencia la borrasca... No sé por qué tardaba... Ya usted sabe que en las islas del Trópico son frecuentes las lluvias. El buen tiempo dura pocas semanas... Sin embargo, para desesperarme, no hubo días tan espléndidos como aquéllos... Con lo que yo pensaba que hasta los mismos elementos se oponían a mis planes... Y en verdad resultaba que cuando convenía la bonanza para estudiar la freza caían lluvias tan fuertes y torrenciales que enfangaban las aguas; y cuando me hacía falta un ciclón, no soplaba ni la más tenue brisa.

—Viéndolo bien, la culpa no era suya —dice el juez—. Por lo que me ha contado, he podido inferir que, asimismo, Miss Olsen fue solamente víctima de la fatalidad... Si, como habrá observado, me interesan los hechos, no es porque abrigue dudas de su inocencia, sino por liberarlo del complejo de culpa que lo deprime. Prosiga usted, doctor.

—Posiblemente no le he contado todo con el orden debido, pero recuerdo un síntoma que aumentó mi zozobra. Una mañana me había alejado un poco entre los árboles con la idea de cazar, cuando empezó a llover y resolví regresar. Llegando al promontorio, me di cuenta de que era un simple amago, una garúa pasajera, y, distraído, me quedé contemplando el raudo vuelo de las gaviotas. De pronto vi a Linda Olsen, desnuda, dando saltos con rumbo hacia las olas... Me apresuré a bajar para llevarla nuevamente a su lecho... La haitiana había salido con el mismo propósito, pero al ver las piruetas que en cada brinco hacía la enferma, se echó a reír con esa risa brutal característica de los negros. Al oírla, Linda Olsen dio muestras inmediatas de desagrado... Yo pensé que la burla podía ser un estímulo para que la paciente, sintiéndose en ridículo, dejase de saltar y utilizara normalmente sus piernas... Pensando en ello y además contagiado de hilaridad, me eché a reír también; de modo que Yeya y yo asediamos a Linda a carcajadas... Lo que yo había previsto no se produjo, pues sin poder frenarse, Linda perdió la calma, y proseguía dando saltos enfurecida; sintiéndose agotada y ya frenética se echó al suelo, gritando, poseída de un ataque de histeria... Me apresure a atenderla y, al acercármele, noté que se asfixiaba por falta de aire. No sé por qué pensé que lo más cuerdo sería llevarla al mar... Así lo hice, corriendo, y, al chapuzarla, me quedé sorprendido... Linda reía feliz como si nada y hacía raros esguinces chapaleando con las piernas unidas. Ya no dudé que el mar, siendo la causa, podía ser el remedio de su trastorno... Sólo hundiéndose en el podía salvarse, si era que en esa lucha no era el mar quien vencía hasta poseerla definitivamente... Y así fue en realidad...

—¿La risa de la haitiana no tuvo consecuencias desagradables?

—Creo que sí, por desgracia. Aquella burla fue una prueba nefasta. Como es de suponer, desde ese día Linda no soportó junto a ella a la Vudú. La estridencia de aquellas carcajadas había herido su sensibilidad de tal manera que las oía por todas partes: en el bramido del mar, en el susurro del viento y en el canto de las aves marinas. A veces despertaba y con las manos se cubría los oídos para no oír la risa y un misterioso canto que la angustiaba sin poder definirlo... Yo mismo, al despertarme para atenderla creí una noche oír... Usted comprende... Ya me sentía agotado... Recuerdo que al librarse de la atroz pesadilla me confesó que ya sentía muy próxima su repulsiva y total metamorfosis... Había soñado que se veía en el mar ya convertida en sirena y había experimentado lo que es tener las piernas transformadas en cola... «¡No quiero que eso ocurra!» —me decía—. «¡No me dejes!»... Y se me echaba al cuello llorando... Al día siguiente ya más tranquilizada, me hizo la confidencia más extraña... Con una leve sombra de picardía y sonrojo me dijo que había visto a un vigoroso tritón de largos rizos y espesa barba rubia como la mía... Al evocar el sueño se echó a reír alegre... Parece que el tritón le hizo la corte de manera brutal... La empujó hasta la playa sin miramiento alguno y allí la poseyó rudamente entre bufidos y mordiscos feroces. «Aún siento sus mordiscos por todo el cuerpo» —dijo.

El funcionario se abanica molesto y carraspea varias veces.

Ecker prosigue:

—No sé por qué le cuento todo esto... Mejor es relatarle sin dilaciones el pavoroso desenlace... ¿Me permite beber un sorbo de agua?

—Desde luego, doctor.

Paul Ecker bebe.

—Entonces...

—El viento había cambiado, y el mar, ligeramente picado, era un seguro anuncio de que ya estaban próximas las lluvias... Parece que la atmósfera, cargada de corrientes magnéticas, excitó en esas noches a Linda Olsen hasta el punto de enfurecerla a cada instante. Quería salir a todo trance. «¡Tengo una cita con el mar!» —gritaba—... Yo estaba ya cansado y llamé a la haitiana para que me ayudara a cuidarla... Y así anda-

ban las cosas cuando ocurrió la noche del vendaval... La lluvia le anunció con estruendosa demostración de truenos y relámpagos. Los silbidos del viento se mezclaban con los trallazos de las olas... Todo hacía suponer que se acercaba un pavoroso huracán... Yo observaba a Linda Olsen para ver los efectos que el fragor atmosférico le causaba... Y pude confirmar que mi diagnóstico no estaba equivocado porque la ví calmarse y hasta pude observar que había olvidado lo de la rigidez de sus piernas... Al notarla dormida, consideré que había pasado la crisis, y viendo que la haitiana quería marcharse me atreví a licenciarla. «No hay peligro —le dije—, puedes irte». La haitiana me explicó que su deseo de marcharse era porque la lancha se le estaba golpeando entre las rocas y deseaba sacarla de entre los arrecifes. Cuando cerró la puerta, me sentí tan cansado que me estiré en la hamaca y me dispuse a fumar... No creo que tuve tiempo de encender la pipa, pues me quedé profundamente dormido...

Me despertó de golpe un ruido seco. La puerta estaba abierta. La furia clamorosa del huracán rugía y el viento hacía volar las cortinas. Pensé de pronto qué a lo mejor la haitiana no la había dejado bien cerrada pero al buscar a Linda, no la hallé. Inútilmente registré la casa. De súbito pensé, vi, la desgracia. Me lancé hacia la playa bajo la lluvia. La noche era un infierno de ruidos y de luces.

Me eché a gritar:

—¡Linda Olsen! ¡Linda Olsen!

Nadie me contestaba... La vieja había acercado su chalupa a la playa, pero el viento y las olas le impedían ensecarla. Seguía lloviendo recio y la tormenta ponía en la noche lóbrega un concierto de aullidos y de truenos... Me subí a los roquedos y a la luz de un relámpago creí ver a Linda Olsen llevada hacia alta mar por la corriente. Volví a llamarla haciendo bocina con las manos.

—¡¡¡Linda Olsen!!!

Me pareció escuchar a lo lejos su voz en una especie de alarido angustiado.

Corrí a la playa, me embarqué en la chalupa y eché a la vieja a un lado.

—¡Ya es inútil! —gruñó.

Empuñé los remos e hice avanzar la lancha mar afuera. Luchando rudamente con el viento y la furia de las olas me fui acercando al sitio en que creía divisarla. La luz de los relámpagos me la hacía ver a ratos flotando en la corriente y a veces la perdía. Pero ahora me doy cuenta de que acaso no pude verla nunca ni escuché su alarido desgarrador. Tal vez fue sólo ilusión de mis sentidos. En efecto, cuando me parecía que iba acercándomele, la veía más distante. Hasta que hubo un momento en que, agotadas mis fuerzas, perdí el sentido de las cosas. No recuerdo haber izado la vela ni si fue la corriente la que me hizo estrellar contra las rocas de la isla próxima. Tampoco hago memoria del momento en que me puse la boina en la cabeza. Tal vez fue en el instante de salir del bohío. Lo que no olvido nunca es que debido al loco pavor de que fui presa o al ruido de la lluvia, no dejé de escuchar un solo instante el doloroso alarido de Miss Olsen y un misterioso canto.

...¿Cómo llegué a la playa? No lo sé. A lo mejor anduve perdido entre las rocas hasta caer rendido sobre la arena. Lo cierto es que al volver de mi colapso ya el alba despuntaba y había amainado la tormenta, pero yo seguía oyendo dentro de mí el eco lejano de aquel canto mezclado a la honda resonancia del mar como si mi alma entera se hubiese transformado en un gigantesco caracol...

MANUEL FERRER VALDÉS

MANUEL Ferrer Valdés, (1914), obra: *La muerte de la ópera en la selva* (1975).

LOS ALACRANES

La pobre mujer hacinó en el balde la ropa recién lavada. Restaba todavía una larga tarea, aunque desde el amanecer, el añil y el agua cuarteaban sus manos. En el fondo oscuro del cuarto, su hijo —un niño de tres meses— comenzó a llorar de manera desesperada, con llanto diferente al de todos los días, súbito, desgarrado, de herida fresca. La mujer acudió alarmada al llamado de su hijo. Adentro todo era oscuro. La cama, las prietas tablas, la negra ropa de luto colgada en la pared. Alzó temblorosa al niño para llevarlo al patio, en donde la luz de la mañana se colaba por las hojas del zinc y el barro quebrado de las viejas paredes. Ahora el niño no respiraba; y como si todo el llanto se hubiera vertido, quedó seco, roja la cara, con las manos tiesas y apretadas junto al pecho.

—¡Dios mío! ¡Se muere mi hijo! —gritó loca de dolor. En los cuartos vecinos el grito fue llenando de nuevos ruidos la madrugada. Comenzaron a salir de los pequeños cuartos un número insospechado de personas, sorprendidas y un poco ajadas; como si hubieran dormido una encima de la otra; grasientas y sucias fichas de un dominó humano extendido de pronto sobre el patio.

—¡Se muere mi hijo! —El grito, cada vez más desgarrador, era una profecía. Los vecinos se acercaron a examinar al niño. En el brazo se veían dos puntos rojos sobre un halo blanquecino. La mujer que atendía a los partos y que parecía la más sabia del grupo, dijo secamente: —A este niño lo ha picado un alacrán. —Como la madre tendida en el suelo seguía llorando desconsoladamente, se dispuso, entre ellos llevar el niño al hospital. Por el camino comenzó a hincharse tanto,

que a su final estaba lleno de manchas rojas que invadían el cuerpo.

Fue cosa dura y dolorosa decirle a la pobre mujer que su hijo había muerto. Tendida en la cama, aniquilada, oyó la noticia que le traían los vecinos. No tenía dinero para el entierro. La bondadosa gente compró una caja sin pintar, de tablas mal ajustadas, por las que se veía el pequeño cuerpo lleno de livideces, con los puñitos agarrotados en el pecho.

Cuando todo hubo terminado, el patio se fue quedando solo, y la mujer se encerró en el cuarto, con una decisión insospechada para su débil naturaleza.

Horas después llamaron a la puerta unos hombres de la Sanidad. Luego de interrogar repetidamente a la mujer, procedieron a fumigar el cuarto. Ella, idiferente, los dejó escudriñar por todas las rendijas. Cuando se fueron, quedó en el patio una atmósfera agria de vinagre viejo.

En la tarde se presentó el casero. Los pantalones caídos y la camisa rota, parecía el más pobre de los inquilinos. No perdió tiempo en hablar.

—Señora —dijo, respetuosamente— la Sanidad me amenaza condenar el edificio. Es verdad que la casa es vieja, pero si los vecinos fueran cuidadosos no dejarían que las cañerías se taparan, ni que las cucarachas y alacranes abundaran como ahora. Usted es una mujer sola que no tiene tiempo para estas cosas. Además me debe dos meses de alquiler. Yo sé de un cuarto en el que podría vivir junto a otra persona que está en circunstancias parecidas a las suyas.

La mujer se le quedó mirando idiotizada:

—¿Otra persona...?

—Bueno, está bien —acabó el casero—. Yo me encargo de arreglarlo todo para el otro mes. —Y se fue.

En la noche, decidió terminar la faena inconclusa. La amarillez de un bombillo colgaba en medio del cuarto, como una fruta pasada. En un rincón estaba el otro balde desbordado por la ropa sucia. Hundió la mano, con gesto ritual y mecánico y sintió un alfilerazo, apenas doloroso al principio, después como calcinante llamarada del brazo al corazón. Horro-

rizada, gritó de nuevo; ahora como una loca, entregada abiertamente a su infortunio.

El nuevo espanto del día produjo consternación. Agrupadas junto al balde las lámparas de kerosene, trataban de adivinar entre los ocultos pliegues al enemigo terrible y desconocido. Nadie se atrevió a tomar una decisión. Algunos sugirieron prender fuego a todo aquello. Al fin se decidió echar agua hirviendo, mientras los hombres, con escobas y piedras, esperaban la inminente salida del agresor. Los momentos fueron angustiosos. El pequeño animal se fue agigantando en la imaginación de todos y su negro y encorvado cuerpo se hizo ubicuo habitante del aire y de la sombra, huésped de todos los zapatos, prófugo de las rendijas, para esconderse en el único lugar seguro: el oculto rincón del pensamiento donde vive el miedo a lo desconocido e inevitable.

El balde quedó en medio del patio, intocado, como redondo y plateado ataúd, donde probablemente yacía el cuerpo quemado y retorcido del animal asesino. Aun así, alacranes de jabón trepaban los brazos de las lavanderas.

La mujer, con el brazo paralizado y ardiente, aniquilada por la fatiga y el dolor, dicidió acostarse al fin y se fue quedando dormida dulcemente. Soñó con un mundo grato y sereno, en el que la gente hablaba en voz baja. Allá muy lejos, la voz del radio anunciaba los números de la lotería. Extraña alegría, colmada esperanza, seguir adelante sin hacer caso de nada, sintiendo que las aguas muertas del desaliento se avenan por las calles. En la puerta la esperaba la señora, con una sonrisa cordial. Con ella estaba el boticario de la esquina, oloroso a ruibarbo y valeriana, tratando de mirar con una lupa las hojas de una enorme enredadera que tapaba el frontispicio. La señora estaba inusitadamente amable y repetía su nombre «Cristina, Cristina», por cualquier motivo.

—Cristina —le dijo— yo espero que no me guarde rencor por haberle descontado de su sueldo la camisa que quemó. Usted es una buena mujer y pienso ayudarla.

—Sí —intervino el boticario—, es una buena mujer. Cuando su hijo estaba enfermo, se quedaba sin comer por comprar medicinas. Yo la he ayudado bastante.

Lo único desagradable era la voz de la radio diciendo monótonamente los números de la lotería. Entonces apareció el casero. Venía vestido de limpio, imponente, con el uniforme de los empleados de la Sanidad. La mujer tembló. El casero le dio un beso a la señora y comenzó a repartir fragmentos de una gran tira de billetes de lotería.

—Yo no cobro las aproximaciones. Prefiero regalárselas a mis amigos. —La señora sacó entonces de su seno una cajita y entregándosela a la mujer le dijo:

—Tome Cristina, ésto se lo regalo yo.

Era un alacrán de carey con dos esmeraldas por ojos. La mujer lo tomó, sorprendida. Sucedió entonces algo terrible. El alacrán arqueó la cola y echó a caminar sobre su brazo. La mujer, paralizada por el terror, lo vio perderse entre los pliegues de la manga. Despertó bruscamente. Sólo quedaba un nuevo ardor, más intenso que los otros, con su roja huella clara y nítidamente marcada sobre el brazo. Encendió la luz. En su cara había la determinación ciega, casi feroz, de quien hará un acto inaplazable. Armada con un hierro viejo y una piedra que a tientas logró encontrar en la oscuridad del patio, comenzó a levantar paciente, inflexiblemente, las tablas del piso. La amarilla luz temblaba iluminando trágicamente la figura desesperada, que alzaba clavos y partía las astillas bajo la urgencia terrible del encuentro final con el enemigo. La faena fue larga y extenuante. El alba comenzaba a subir por las paredillas. La última tabla crujió bajo el hierro y al fin apareció ante sus ojos el espectáculo ignoto y presentido. Encorvado en un rincón, negro e inmortal como la pobreza, mirándola desafiante y sin moverse, estaba el alacrán. Pegados a su cuerpo buscando amparo, los hijos formaban una oscura flor de tiernos aguijones. Inmóvil con la piedra en alto, la mujer lo contempló durante largo tiempo, en tanto que pasaba por su pensamiento confusas ideas de odio y de piedad.

Después, su cara se iluminó, como si la verdad se hubiera mostrado de repente, y dándole la espalda a su enemigo, comenzó a clavar resignadamente las tablas del piso.

CÉSAR A. CANDANEDO

CÉSAR A. Candanedo, (1906-1993), obra: *El cerquero y otros cuentos* (1967).

EL CERQUERO

«La tierra es ingrata cuando
la habitan hombres ingratos»

Los que al pasar lo habían visto bregar con las piedras, la cara apretada y el torso fruncido, lanzando pujidos y maldiciones mientras levantaba las cercas, al referirse a él afirmaban cosas rotundas y convincentes.

—Está ido... Yo lo ví... Hablaba solito y eso sólo lo hacen los que perdieron el juicio. También eso de alzar cercas de noche en lugar de dormir como hacen los demás cristianos... Así se portan los locos, los que tienen pacto con el *Malo, el Unón.*

O los que trabajan con *Familiar...*

Pero el que no sabe se parece al ciego que coloca el paso en cualquier parte, en vacío, en alto o en precipicio... Tantas cosas había soportado, a tantas situaciones tuvo que hacer frente en la vida, con su juicio completo, sin faltarle un pelo, que hablaba a solas, con él mismo, no importaba que oyera y murmurara el viento.

Y era que entonces evocaba... El recuerdo de un hecho suelta otro anudado al mismo hilo. Atezando la cuerda revivía viejos sucesos, mucho tiempo quietos como muertos en el depósito antiguo de la memoria. Siempre que afrontaba algo, paraba firme, a puro pecho descubierto. Lo que no fue vivido, no le pesaba, no le tropezaba ni hacía mella... Era nada para él.

Por lo del trabajo, no. Siempre lo ocupó algo. Antes de ahora sólo estaba quieto durante el sueño... O algunas veces, pasada la cena, al gusto de las sombras del portal, la pipa humeando, refería pasajes a los vecinos que se reunían hasta tarde, a sabiendas del buen humos... Y ellos deseosos de reír.

—Es que al hombre pocas veces le falta un tropezón... También por tiempos requiere estar solo... —decía a los de

confianza que le inquirían la sinrazón visible de volver al antiguo oficio de cerquero.

***

Ahora de nuevo peleaba con la lóbrega torpeza de las piedras que siempre tenían la manía de tirarse al suelo. Del roquero desordenado, sin formas precisas que unía calmoso; de esas figuras pesadas, mudas y feas, sus manos sutiles extraían vida, arrancaban belleza. Las piedras sueltas, mapeadas de musgos, de cuya dureza al tropezar se saca dolor, se transfiguran en sólidas, simétricas y magníficas estructuras... Las cercas de piedra! Superpuestas, elevadas, suspendidas por las palancas de los brazos nervudos, potentes, largos y oscuros del cerquero, siempre creciendo, en una mezcla de amor, ojo, plomo, paciencia y destreza, tras la búsqueda afanosa de lo firme y cabal, edifica armonía con las piedras, las cercas que de pie, enhiestas, soportan el empuje recio de los huracanes porque fortaleza y equilibrio se consolidan en el balance y la proporción, combinados.

—Piedras sin cuñas no hacen cercas... Tampoco sin mujer el hombre hace familia... —pensaba.

La cuña ensamblada en la concavidad, en el sitio vacío, para distribuir el peso y conseguir la estabilidad, es el gran auxiliar del cerquero, si construye cercas sencillas, de una sola fila, sin la intervención —el caso de las dobles— de la argamasa adhesiva de la tierra arcillosa y húmeda, que retiene y amarra.

El cerquero a veces hace un breve alto en la faena agotadora. Se aleja un poco, cerrado un ojo... Observa, calcula, estima. Al regresar al surco, satisfecho, posando la mano en el lomo, siente el palpitar de las vetas pétreas. Entonces su pecho se dilata, siente que nuevas fuerzas invaden su cuerpo y que su paso es más firme y seguro...

La línea recta camina sin combas. Vista de lejos, como solo el creador sabe observar, el hilo gigantesco que tejió el forzado empeño se yergue con elegancia si sube los empinados costillares de una altura, o si se inclina para bajar al fondo de una hondonada... Es que las piedras sueltas, abandonadas a un

destino miserable, al inútil oficio de estorbar, lo mismo que las rotas en los sillares calcáreos o las arrancadas de los bloques azulinos de las canteras, adquieren vida digna, propia, reviven de manos de los cerqueros que rompieron sus ingles, aplastaron sus dedos, perdieron sus uñas y soportaron lisiaduras, entregando su dolor al viento.

Todo, para ellos, ha sido muy duro con dureza de cuarzo, de roca pelada. El honor del cerquero manda demoler las cercas sin ritmo, sin precisión. Una panza, un saliente inoportuno, faculta a los otros el comentario despectivo.

—La niña le nació preñaá...

Las cercas de piedra tienen alma, asegura el cerquero. En las noches silenciosas se escuchan sus voces. En sus grietas y abolladuras canta el viento. Los pajarillos y las lagartijas esconden sus huevecillos en las oquedades que la cuña no pudo colmar. En sus escondrijos seguros duermen los alacranes... y las mariposas vestidas de fiesta pintan el aire de rojo, verde y amarillo... Al asomarse al cielo, las saludan en un abrir y cerrar de alas para posarse otra vez.

Las cercas se comprometen con el hombre. Por su mandato se apoderan de tierras húmedas y verdes; roban los árboles musgosos, confinan islotes de selva, arroyos apresurados, la angustia de las aldeas, la inquietud de los ganados. Igual suerte corren los breñales poblados de *chumicos* en cuyas hojas lijosas afilan sus cuchillos los ventarrones.

***

—Está rematao, ahora sí... Los tornillos sueltos. Sigue hablando mientras empedra... —volvían con las mismas afirmaciones, sobre el mismo cuento.

Todo porque hurga la memoria. Como larga cinta que desenvolviera, evoca el lejano tiempo cuando el pariente de quien aprendió el oficio quiso enseñarlo a ser hombre alzando piedras en el *Hato del Francés*. Entonces no sospechó siquiera hasta dónde llegaría el significado de aquella loable intención.

De madrugada aun, le lanzaba el reclamo:

—Suspende ya, que el sol te embiste...

O en plena faena fatigosa:

—Puñetero, mete la cuña que me aplasto el deo... Muévete, carajo... Alza las patas, pajizo.

La empresa de aprender a ser hombre fue terriblemente dura, de dureza de roca. Náufrago en aquellas soledades, sin otros compañeros que matojos entecos, piedras limadas por la lava, pajonales que gemían, sacudidos por el viento, hormigas mordedoras y uno que otro grito de algún desconocido que pasaba lejos. A la memoria afiebrada concurrieron las historias de los matahombres de las guerras civiles que oyó referir; el francés descuartizado cuya muerte se hundió en el misterio y que luego se usó para darle nombre al sitio... Si el otro salía a buscar bastimentos y a hacer las cosas de hombre de que decía, íngrimo, estaba seguro que vería salir debajo de los pedrejones del desierto, animales horribles que antes creyó ver, tal vez en sueños, cuando dormían bajo el *canillo* o al amparo de alguna de las peñas que lucían su tamaño en la planicie, antes de trasladarse al *varaentierra* que luego construyeran.

Para entonces el terror lo abatía aunque al final el cansancio triunfaba con un sueño sobresaltado. Si el viento enfrenaba su carrera y la luna blanqueaba todo, veía gigantes encorvados que trepaban sobre el borde de los barrancos que recortan la árida llanura, que salían de la cinta tortuosa del río helado que desde arriba, alargando los ojos, apenas se divisaba moviéndose en la hondura del precipicio horroroso. Del laberinto de la cabeza torturada, también salían tigres que, al decir de los cuentos a que tanta atención dedicó, a medio día quebraban ganado en las caletas cercanas. Si estaban los dos, distante el miedo, en silencio gozaba el coqueteo de las nubes de algodón, vientre sedoso,que con cuidado y sigilo, asomaban a la puerta del volcán; se apartaban manchadas de resplandor, para regresar poco después a inquietar el monstruo.

Así, en forma brutal, se hizo hombre...

Sorprendió y alimentó el comentario la diferencia de matrimonios de las dos hermanas por la distancia que separaba a los maridos. La mayor se unió a hombre imponente, copioso, satisfecho y bien montado, que heredara fortuna y nombre pe-

ro con la *caca* de ser expulsado de seminario lejano donde fuera a aprender a cura, acusado de liviandades. La otra casó con renombrado cerquero, remoto pariente de los que importaron para el cultivo de la tierra, al fundarse el Cantón de Alanje.

Del primero la gente solía afirmar:

—Nació pa garañón.

Del otro se decía muy poco.

El cerquero, moreno, huesudo, pelo apretado de tupida trama enroscada, mandíbulas inferiores deprimidas, cachetes chupados, pelos largos en las guías del bigote ralo, ofrecía en su rostro cierto trasunto ratonil.

Triste, dado al silencio, puntual y orgulloso, empeñó voluntad dura para compensar las desventajas que los conversones apuntaban al comparar las filiales relaciones.

Lucha sin parar, con hierro de guayacán, alentando por la suerte que le sonriera desde el principio. Pasado el tiempo de prueba, cuando los resultados visibles se pesan y la justicia reparadora tasa y rectifica, los habladores corrigieron:

—Ahí lo tienen... Mucho negro ternajal... Ya lo supirita... Tanta algazara que formaron...!

Otros que se dijeron mejor enterados y sabedores:

—Es que don Antonio Melgarejo tiene pacto con el *Malo*... Cómo adelanta! Trabaja hasta toda la noche sin parar.

Así comentaban los que lo conocieron de cerquero en las haciendas de la época, levantando *mangas* y extensas cercas de piedra, machacando días entre las rocas.

Acosado en las reuniones y trabajos, se limitaba a oír, a sonreír a veces. Si no podía evadir una respuesta y urgía salir del paso a que lo obligaban los imprudentes, respondía, lacónico:

—No me ven solo... A lo mejor, lo que ustedes piensan... El *Familiar*... —y se escurría.

* * *

Pero un día, como cosas preparadas por el Demonio, todo se modificó en la casa. Un suceso inesperado, sin antecedentes ni anuncios, trastornó todo.

—Un par de cachorritos pa que lo acompañen y le sirvan de bordón en la viejez... Y *ñopitos*, véalos... la partera le comunicó, muy luego de los dos chillidos.

—Mellos...? La barrigaza pues... —metió la cabeza entre el toldo que escondía a la parturienta. Miró atento los montoncitos de carne que apretaban los ojos y las manos; los remiró inclinado, como el que busca una señal perdida... Se incorporó, retiró la cabeza y dejó caer las cortinas.

—Ni el jocico morao tienen... —con cara de calambre, se adivinó que dijera.

Semanas después, cuando la mujer pudo dejar el nido, se encontró con una situación inexplicable por más que le metiera seso. De callado que siempre fue en lo habitual, ahora lindaba con la mudez. Evitaba ver la cara de los demás, como si se sintiera sindicado de acto vergonzoso. Con mayor motivo eludía las palabras... Y antes de amanecer, cuando los otros aun dormían, salía a trabajar. Avanzada la noche, los otros en disposición de dormir, se le oía trastear en la cocina... O despedir la cabalgadura con una palmada amistosa.

Huraño, fruncido el ceño, distante, concentrado en quehaceres y preocupaciones que lo roían casi no movía los labios en presencia de otros, de los que se alejaba, de haber oportunidad. Ahora otros volvían a dar razón a los que afirmaron:

—Tiene las turcas flojas... Sólo habla sin gente, solito.

En efecto, solo entre los animales que se atropellaban y agredían en el corral para conseguir sal del brazo estirado del hombre, parecía soltar las amarras, romper el freno, estirarse y retornar a los buenos tiempos.

—Hasete a un lao, que ya te hartaste... Deja que vengan las otras, que también tienen derecho, frontína... Y tú, hosca, acércate y camina... La panzota de ésta... —las frases salían sin contorsiones opresivas, sueltas, libres y cordiales, mientras las manos cariñosas palpaban las garrapatas que desprendían sin molestar.

Los animales que se sabían comprendidos, volvían a empujarse para encontrar sitio alrededor del hombre, lamiendo con afán los últimos granos del salitre. Atento al movimiento, con pasos calmosos, se acercó la mole negra del semental. Al-

ta la cabezota, entró tranquilo tirando de lado la puerta que comunica con el pastizal.

—Ven, guevilargo... Las puntas que te han salío. De ternerón pensaba que serías *monguto* y entonces me decía: de éste hay que salir a tiempo porque está desarmao, entregao en el suelo, con toral peleador y tumbacerca que hay hoy... Pelea de tigre con burro amarrao... Come sal, que tu trabajo la pide, pa la fuerza de cuajar... Hacer más terneros y los que te falten me los echas hembras pal aumento, pa que el rodeo no se pare... —con la sal granosa en el comedero, las manos palpan el codillo y luego se trasladan a los testículos que sopesan, acarician y manosean con deleite. Y como si la bestia comprendiera el pensamiento íntimo del hombre, alza la cabeza, arquea el espinazo y mueve la panza enorme. Los pelos largos de la salida del sexo gotean la semilla humedecida sobre el piso hendido y reseco... La lengua repasa los orificios respiratorios, la cabeza se inclina a lamer de nuevo y al resoplar levanta del suelo pasajeras ondas de polvo que dora el sol mañanero.

—Este Antonio está picao de la araña... Ni a los hijos quiere ver. Ya volverá a la querencia, como los toros desperdigaos que vuelven al rodeo desvacaos, las costillas rotas, corneados, doloridos de tanto pelear... Paciencia con los hombres entoraos... —pensaba la mujer.

Otro, día, gozando la amistad de los animales conque había reemplazado la de la gente, en medio de los animales saleros que lo acosaban al pasar por el corral, se detuvo a ver las novillas que en la ensalitrada anterior ya rayaban ubre y que, según cálculos, parirían en la siguiente luna.

—Y es que ya escupieron toas... Qué preciosura de retozones, pero ya el maldito murciélago está haciendo sangrías... Después vendrá también el gusano, de diente y ombligo... Y hembritas, como las quería.

Se detuvo más en las observaciones de los recién nacidos que ya aumentaban el rodeo... De pronto paró, miró para otro lado, atraído por otros pensamientos. Quedó como si flotara, suspendido, sin los pies en el suelo.

—Por qué amarillos...? El papa es negro... Aquí no hay trampas porque las vacas no han salío, las cercas están buenas

y no ha entrao otro macho... —por primera vez llama su atención un hecho corriente en todas las crías.

Continuó como mudo durante largo tiempo.

—Por qué pensar en eso ahora, no antes...? Meter yuca y sacar plátano...Cosas del Judas...

El mundo está de tuerce. Cuando me levanté no era así... Ahora frutas sin flores, en el tronco del palo... Flor de cigua en invierno, que es flor de sequía... Si fuera la del higuerón que cae en cualquier tiempo por ser flor del Diablo, que solo se ve a media noche, apañá en sábana blanca... La tuerce siempre detrás de uno.

El viento se llevó las palabras del monólogo desesperado.

De nuevo observa los terneros recién nacidos.

—Este toro está como yo... Mismítos. Antes la fuerza siempre la ponía el macho... Dejaba su marca, su guella es la que debe salir pa que la vean toos. Antes hijo que no se parecía al tata daba qué pensar... *Macho rucio,* se pensaba al brinco... Tamos lo mismo él y yo... Calamocao, tupío, sin portillo por onde salir holgao... Cuando al cristiano lo pierden las brujas en camino oscuro, le queda el remedio de ponerse al revés la camisa pa encontrar el camino dejao. Acá no hay por onde tirarse, pero por onde salc él debe quedar gueco pa mí. Pero ganao es ganao... y la gente no es ganao... —lo visto y pensado a solas lo dejan preocupado, entumecido, mientras los ojos se detienen en el lomo retinto del toro que pasta indiferente, la cabeza armada escondida entre las breñas distantes.

Rompió las amarras de los pies atados al suelo; caminó hacia las trancas, la faz suelta, el paso ágil y el pensamiento martilleando en la cabeza caliente. Sentía que algo había perdido, vaciándose él mismo. Lo que había advertido en el corral, los terneros amarillos, hijos de toro prieto, eran argumentos sólidos contra lo que su simpleza había aceptado a título de verdad sin disputa. Pero volvía con renovada constancia:

—Pasará lo mismo entre la gente que entre los animales...? Después que nacieron los mellizos estaba seguro de que el otro le había jugado *macho rucio...* Tantas que le aculan...! Como que se mete por el ojo de una aguja... Y que lo buscan... Tendrá *Familiar* pa éso...?

Cabeza alta, paso más liviano, apariencia menos comprimida, se acercó a los hijos que jugaban en el terraplén del portal.

—Apercóllense... —uno en cada brazo, asustados, no podían entender un cariño nacido de repente, de improviso, del que siempre los pasó por alto o los miró con desdén.

—Ya se zafó el freno... —suspiró la mujer.

***

—Clorótica del parto *boboré*... También el hígado blanco del hombre. Vino de palma, dulcito, es lo que indican las señales... Pone la sangre rolliza, espesa, desaguá... y no cuesta... —dictamen y terapéutica que dictaba el curandero mientras repasaba los orines.

Varios días observó el cielo durante sus dos extremos Mañana y tarde. Buscaba un indicio que le sirviera de norte. Un amanecer friolento confirmó lo que esperaba. Salió temprano, hacha al hombro. Con la lámina del machete sacudía de lado y lado el rocío que agobiaba las plantas silvestres y rompía la finura blanca de las redes que tejieron las arañas, lleno el óvalo de la panza. En la falda de un espigón macizo que crece hacia arriba con las piedras de la cúspide y que las *rabiblancas* usan para instalar sus huevos en su nido descubierto al viento y al sol, derribó las palmeras. Al caer, al estrellarse contra el suelo endurecido, saltaron los corozos desprendidos del tupido racimo en sazón.

Limpió alrededor de los tallos tendidos; abrió la brecha del sendero, recortó las pencas, rebanó las espinas largas, negras y que infunden temor, limpió la garganta vegetal. Trepó un pie para infundir mayor fuerza a las manos; con la punta de filoso machete, pacientemente, hizo incisiones húmedas, trazó el cajón rectangular que serviría de recipiente para retener el líquido que manaría desde el extremo opuesto del vientre vegetal, en dirección del tronco. Cortó las capas duras, primeras, cubiertas de pelusa y espinas tiernas. Ahondó hacia el fondo del espesor hasta encontrar las blanquísimas capas del capullo blando, azucarado, el palmito apetecido. Puso a un lado los trozos blancos extraídos, mejoró el orifi-

cio, *sangró* cortando con cuidado la tela vegetal hacia el lado más largo del tendido; limpió, cubrió con hojas, capas y pencas de la misma palmera derribada, la vasija abierta, aseguró la entrada del manadero saludable y, contento del trabajo realizado, desandó el trillo.

—De la mismita color que la cuajá delgadita y sin quebrar pal queso... —comparaba al mirar los pedazos del palmito conque regalaría a los muchachos. De una parra que se acerca al sendero cortó el largo pito de un carrizo para sorber el vino de palma.

Ya era tiempo de madurar los corozos con su fragancia de bálsamo y tiempo, también, de limpiar los arrozales.

—Este mundo está de turce... Negro haciendo hijos palomitos... Las vinas están pa comenzar la cura suya —gritó la última parte de lo dicho para que se enterara la señora que cruzaba más adelante .

El otro pensamiento volvía a roerle aunque con menor insistencia, convencido a medias con ejemplos tomados de su propia vida.

***

—Camine usté que ya estarán derramás, con la *mano* que tengo... Si las dejo al chusco Víctor, no manan, que hasta seca los palos que sube de tantas mordías de culebra que ha pasao... Sábaneras, seguro... Y encima, como es gracioso se bebe el remedio... El vino de palma es caliente... Bébalo y se baña con agua fresca de lluvia mejor porque si no, se brota... El pellejo sucio le cierra la puerta a la maldá... Brotan los incordios, los *siete cueros*, los nacíos ciegos, los vejigones negros, las postemas y hasta las erisipelas... La limpieza del caliente engruesa la sangre...

A pasos largos caminaba adelante, hablando alto. Apartaba ramitas y bejucos que cruzaban la brecha teniendo amarras y soportes con hilitos verdes, en la orilla opuesta. Afanoso, comunicativo y contento.

—Sangrás toos los días y con buena *mano*...

Limpiecitas pa que se derramen... Empuñé el carrizo de sorber pa que lo estrene too.

Puesto a un lado el machete, inclinado sobre el espinoso tallo derribado, la mano rápida descubre el agujero.

—Ya la avisaron a la mosca vinera... —mientras la mujer espera, detrás.

Al separar las últimas capas que protegen el recipiente, nada de vino. La espuma y el cajón humedecidos solamente... Se habían adelantado.

—Jueputas... La burla... —brama.

Con ágil impulso saltó sobre los espineros de las pencas marchitas. Velozmente cubrió el trayecto que lo separaba del río. De lejos la mujer vió como tomaba ímpetu de nuevo en el aire, para saltar sobre el barranco que empareda el charco. Alto, desde arriba, descendió violentamente sobre el agua oscura del sitio profundo.

Estupefacta, sin determinar la razón de determinación tan extrema, de la muerte segura, la mujer apenas atinó a gritar, sin moverse del lugar en que la dejó como clavada... Desahogada un poco, al fin pudo disponer:

—Corran al Recodo, que se mató Antonio... Busquen, atajen en la cola del charco... Tirarse de ese alto por tan poca cosa... Por eso era que hablaba solito... Vayan abajo antes que el agua se lleve al muerto... —pedía a los que llegaban primero, atraídos por los gritos.

Algunos esperan ya a medio río.

Pasado el estupor y la indecisión, el muerto no baja. La mujer llorosa habla de nuevo:

—Mijito, ensilla un caballo y vuela a Caldera, antes que sea de noche, y trae a Carpio García para que bucee al difunto y se pueda enterrar.

Entre los que acudieron a prestar ayuda encontrabase un mozo sagalejo y piernilargo a quien apodaban *El Peje* por su pericia como nadador, experto como sacador de *risacuas* de los huecos de las piedras del fondo, ducho nadando bajo el agua... Lanzó al agua el alambre de su cuerpo moreno y vibrátil; cruzó a *brazo* la orilla opuesta... Volvió, recorrió de nuevo y sostenido de ramas y bejucos que colgaban de las breñas incli-

nadas sobre el vacío del curso, avanzó hacia el despeñadero por donde el hombre se lanzó a todo correr... Buscó, nadó, salió del agua; regresó, rebuscó y escudrinó siguiendo la demarcación del paredón que encierra el agua quieta... Al fin, en una sinuosidad cubierta por el follaje le pareció que algo extraño subía y bajaba. Nadó en dirección al sitio que atrajo la atención.

—Abuelito... Salga, vea... —imploró.

El cuerpo inclinado, mirando hacia el cielo opaco, la nariz a flor de agua, se balanceaba movido por la fuerza oscura de la onda.

—Véngase, que se enfría y le vuelve mal de orine... —le extendió el brazo, nadó con el otro y así, orillando la pared curva del desfiladero, llegaron a la cola del charco.

Sin sombrero, la ropa pegada al pellejo, el agua escurriéndose tallo abajo, apresurada, con pasos cansados emergió del río, rodeado de las sombras húmedas de la tarde lluviosa.

—Uff... Eso no se hace con cristiano... La burla... Mejor la muerte. Tenerlo a uno en poco... —decía mientras avanzaba en medio de los que acudieron durante el trance.

***

Los cocuyos abrían caminillos de luces verdes en el aire quieto. Con leves incendios queman las cortinas de las sombras. Flameaban los farolillos prendidos en la cabecilla oval. Veloces murciélagos cazaban insectos. Escondidos en los negros ramajes que sombrean el cogedero de agua, los buhos de *cuernitos* con los ojos redondos hoyando la noche, seguían con su *truj truj* espaciado. Era el tiempo maduro para oír pasajes y cuentos... Y los vecinos, enterados del buen humor de que le notificaran los más cercanos, acuden a casa de Ño Antonio, que así le apodan, a escuchar con deleite, reír y gozar con desenvoltura, a pierna suelta.

Entonces, instalado en el largo altozano del portal empedrado, los que llegaron se acomodan muy próximos para no perder las palabras ni el hilo de los relatos.

—Barajo... Ya se aflojaron... Desconsideración... —condena.

—Rana pa mi culebra... —un chistoso. Se levanta, camina y aprieta la nariz.

—A nadie se le niega un *fuuu*... Suelto, escapao del encierro, no hay cómo atajarlo... Que a todos toque su parte... Nariz, pa que se disipe ligero...

—Más vale amistá perdía que tripa rompía, dice el dicho...

—Porquería, baraste...! —Ño Antonio.

Reincorporados al grupo los que se apartaron, huyendo a la pestilencia, la plática se reinicia.

—Y no teneij conejo cebao esta vez? Miren, miren... Comienzan los cocuyos... Soplen tizón, que se venga jalao por la luz, pa echarle mano... Con él vamos a saber el tamaño de las mazorcas de las *rozas* este año, que pinta bueno pa los sembradores... Pásemelo pa desaminarlo... —se dirige al chico que atrapó al luminoso insecto.

—Mi tizón lo hizo llegar... Mío es...

—Tómelo usté, padrino, que me lo ordenó —Cara de Pulga, satisfecho de la hazaña, deposita al prisionero mientras la mano de Ño Antonio se enciende con la misteriosa electricidad de los reflectores diminutos montados sobre los ojos traviesos.

—Mazorquería la de este año, muchachos... Vean la espiga del animalito prieto... Cocuyos largos a principio de *rozas*, mazorquería grande también. Ni cañuto de caña dulce hay pa guardarlo vivo... Cómo el negrito se descoyota y corcovea pa irse con su noche... Buen año pal pobre... —remató.

La cápsula retinta y dura del coleóptero flamea entre las manos negras también. Movido por el resorte de las contracciones continuas, la cabeza traquea, el cuerpo se doble, dividido en dos, sin separarse. Las antenas giran, incesantes, las patitas empujan para tomar impulso y seguir en compañía de la noche.

—Hay muchas señas pa que el hombre Se cabeza aprenda. Pero el hombre, que es animal bruto, cuando no paga pa que lo jodan, mete siempre la pata en el mismo gueco; tropieza con el mismo terrón... Las otras bestias son más memorio-

sas... El burro para las orejotas y se avera de onde una vez ya golpió su pata... —el compadre Silvestre.

—Los secretos... —respuesta.

—Usté caminó mucho, tío Antonio, verdá...?

—A la costa norte, cuando allá sólo iban los hombres probaos. Y antes de probar había que pensar en el camino, las posás, los compañeros... Porque con too mundo no se arriesga el cristiano de cabeza a viajar. El frial, las fieras. Pero plata se traía.

—Y le jue siempre bien...?

—Aquí estoy sentao... No me ves ya? Ví otomías... El tigre rondando la posá, los puercos acorralándole a uno, los hombres *emparamaos,* las piernas acalambrás, en el suelo, los dientes chasquiando del hielo... Y no se podía dejarlos, en el camino porque hombre dejao, hombre comío... Había que aplicar remedio de caballo, pero bueno... Curar el mal como hombre... A varios curé. Cómo me lo agradecieron después... «La vida le debo» , me decían al verme.

—Y usté curaba entonce?

—Tuavía puedo porque manos me quedan... Cuando caía hombre *emparamao* uno se acercaba a preguntarle: «Te quedas? Porque nosotros seguimos pa alante... Jagan lo preciso, era la contesta». Y se quejaba por adelantao. Ya sabía...

—La medicina...?

—Uno se metía al monte; cortaba varas correosas de guabito y le bajaba la mano a pura riata... Primero se quejaba y aguantaba. Después quitaba el cuerpo y corcoviaba... y el rebenque cayéndole... Al rato del sobijo, calentao el cuerpo y la sangre, quedaba sanito... El que entonce iba a la costa norte no se pertenecía... Ya ven, pues, cosas de hombres...

Cargada y encendida la pipa, el relato regresaba a la ruta.

—Eso era como con la mano en aquel páramo de la cordillera. Tan frío era que ni se podía gritar fuerte, con grito de hombre, porque comenzaba a llorar el cielo... Otro riesgo grande era el de los puerco e monte y el del tigre que siempre anda a la vista de la maná, de vigilante, listo el ojo y apurao el puño... Una vez íbamos cinco en el viaje. Bajamos de una altura y agarramos la bajía... La posá quedaba atrás tamaño lejo...

De pronto los monos comenzaron a chillar y brincar haciendo piruetas en los bejucales... Despuesito el jedor del almízcle. Catamos los dos peligros revueltos. El puercal y el otro que busca un descuidón, dar su golpe y puerquiarse fresco. Si no consigue puerco, pensaría en hombre, nos dijimos. Apuraos dispusimos alzar los morrales en troncos altos y trepar. Estando en eso, acomodándonos en las horquetas, de sopetón invadió el puerquerío. No quedó bicho vivo ni piedra sin remover... El jedor y la mascadera, buscándonos... Guelieron el tronco, mordieron, fijaron la vista pa arriba y se echalon a esperar, olfatiando a ca rato... Y el tiempo pasando, con jorná fija hasta la posá siguiente... Tabamos callaos cuando, como mandao de la misma Providencia, el cuerazo de un *fusil*... El trueno se fue tumbando too, montaña adentro... y otro... y otro, hasta que perdimos la cuenta. En eso se rajó uno a mismo pie. *Gueeff*, gruñó el animalero y se paró too el grupo de un envión... El *cacique*, el que siempre encabeza la maná, fatió, la trompa al aire y todos juyeron, desbarrancándose pa apique... Al de atrás le pega el gato, íbamos diciendo pa meter fuerza y valor a los que quedaban lejo... Hablando de puerco e monte, veníamos de otro viaje y vimos lo que le pasó a un tigre congo, vainón. Según se veía por las señales, golpió a un puerco despegao, pero muy encima de los otros. La partida le tomó carrera cuando sintió el *cueee*. Sofocado, se abracó al primer palo a mano y le clavó el uñal... No le dieron tiempo pa más. Hasta onde alcanzaron los más altos, hasta ahí comieron tigre. El resto, medio cuerpo pa la cabeza, quedó apercollao al palo pa que las hormigas también se entigraran.

—Es que no era con Tío Conejo... Vaina la que le pasó al tigre por meterse a puerquero... Jue con la vandá, que no es lo mismo que con el manchao y rabicorto...

—Pero pasó otros páramos en otras partes también, Tío Antonio? —se atrevió a plantear *El Remolino*, apodo que le nació por la forma de embudo del cabello erizado en el centro de la cabeza.

***

Ño Antonio había protagonizado historias que no refería ni cuya mención le era grata, bien porque se le hacía aparecer como objeto de burlas o porque su conducta fuera calificada de cruel o algo más: tal vez inhumana.

Los que se decían enterados referían que ocupado en terminar una *manga* que don Mingo Obaldía apremiara entregarle concluida, bajó a un *brazo* del río a beber la delicia de su agua fresca, más adelante de una *madre vieja.* Miró hacia la orilla opuesta de tupidos cascajales, miró también hacia el charco que serena sus aguas después de una rompiente tronadora. Notó movimiento en la superficie lisa; observó con mayor detenimiento y concluyó en que abundaban los sábalos y que justamente *picaban* las florecillas cerosas del copé, arrastradas de algún recodo orillero.

Un anochecer, acompañado de Merejo que le llevó bastimento, resolvió que el mozo regresara a casa también con provisiones: algunos sábalos gordos que supuso picarían el anzuelo sin demoras.

Uno tras el otro bajaron el declive de un camino estrecho; inclinados al principio, caminaban incómodos por el túnel formado, abajo, por el barranco, y arriba, por el ramaje. El aproximarse a la orilla despejada, escrutó, vió el cielo sembrado de puntos dorados que abajo se mecían sobre el agua quieta. Distinguió al borde de la ribera lo que creyó un grueso tuco arrastrado por la última crecida. Preparó el anzuelo con la atrayente carnada, listo para lanzarlo sobre el sitio que consideró más propicio.

Con la mano extendida indicó al otro para que parara.

—Tienen oído fino y ya malician... —se le acercó.

Luego se encaminó hacia el tuco, el pie listo a trepar. Posó el primero y al intentar poner el otro para instalarse cómodo, el tuco, que era un lagarto dormido, huyó con el peso encima, que fue lanzado violentamente. El estruendo de la caída y los chispazos de agua sacudieron la superficie, golpeada por el cuerpo.

Sin aparejos, sombrero ni pipa, emergía con el agua al pecho.

El muchacho que sólo vio la parte divertida del suceso, subía y bajaba, el estómago comprimido por las manos, sofocado por la risa.

—Y si el lagarto me come, también estaría ustecé, muriendo de risa, celebraando mi desgracia...?

Chorreando, entumecido de frío, tropezando entre las piedras, confundidos en la oscuridad, iniciaron el regreso.

—Hatajo de carilimpios... Lengua de trapo, buena pa los perros... —volvió a refunfuñar, presintiendo cómo se comentaría su accidente y cómo lo recargarían de materiales los habladores.

En otra ocasión Ño Antonio refería muy festivo:

—Viajaba por la Angostura... Cuando caté tenía al frente el paso de *El Carate*, lugar pesao que no frecuentaban porque el Diablo salía al camino. Pensé la guelta que debía dar pa coger el otro camino... Lo que será está escrito, me dije y me encomendé al ángel de los caminantes... Tuavía salían chivatos, pantasmas y cilampas... Llevaba la cruceta a mano. A punta de chicote bajó la bestia, retacá... Al subir al barranco del otro lao, onde pega el llano, se devolvió, asustao... Noté que resoplaba largo, paraba las orejas y le temblaban las carnes... Unos pasos más adelante estaba el pantasma echando candela por los ojos y la boca... Se venía encima y el caballo se averaba. Pelé la punta de cruz... Gente o espíritu malo, ahí te va...! Del golpe el alicrejo se hizo tiestos... Una tula grande con guecos y una vela prendía adentro, llameando... «No me mate, que es pa jugar con la gente, por vida suya y de su mamita»... Pa jugar, su mama, y apártese antes que lo remate... Desde entonces nunca más salió el Diablo por ese lao.

***

Contaban que con ocasión de unos juegos de sabana en Dos Ríos, Aristides, uno de los hijos de Ño Antonio, al regresar tarde a casa olía a licor, que no mareado.

—Veni acá... Ahora te voy a enseñar a ser hombre...! Pa que respetes, que tuavía no ganas ni el jabón de la lavaá y menos la comía...

Lo ató a un poste, entró y regresó rápido provisto de un látigo de cuero torcido y duro.

Y por buen rato los golpes llovieron sobre el cuerpo del prisionero. En medio de las contorsiones del cuerpo herido que se rebelaba, no lanzó una queja. Al intervenir compadre de respeto, levantado de emergencia, sueltas las ataduras, el montón se desplomó, casi desarticulado.

—De buena raza... Buena cría y bien sacao el pollo... —su único comentario.

Hacia días el silencio se había estacionado en la morada de Ño Antonio.

—No te vayas, mijito... —imploraba y lloraba la madre.

—En la cama, después de la paliza, juré que si me levantaba con vida no echaría raíces en esta tierra amarga pa mí... Ni volvería a pisarla más... ni mis huesos. Ahora cumplo, con palabra de hombre.

Cuando se le hacía referencia lejana del difunto, resumía, melancólico:

—Lo mataron las calenturas en el Número Dos... El *chele* Beitia me lo sepultó... —suspiraba hondo.

Se ponderaba la avaricia de Ño Antonio; se aseguraba que para no gastar no comía y que muchas veces al volver del trabajo, ya de noche, regresaba a la cocinera el atado frío, sin tocar. Este conocimiento dio origen a la práctica de que en el trabajo otros, a escondidas, comieran su comida. Algunos días quiso almorzar pero lo que había colgado junto a la comida de los compañeros alguno se había adelantado y sólo quedaba la vasija sin nada... Callado, aceptaba las cosas, a pesar de observar las burlas proferidas, al regresar de su caminada inútil. De la práctica de hurtar la comida de Ño Antonio nacieron abundantes chistes que luego eran referidos y comentados en todo el contorno.

—Y también hoy que la quería llegó su otro dueño y se la jartó... —decía para que lo oyeran.

Se alejó en dirección al surco, al corte, mientras los otros, a sus expensas, celebraban la siesta y comentaban, sin que él oyera:

—No da del cuerpo pa no limpiarse...

—No se jueguen más con el hombre... Ya se olvidaron de las *vinas*. Después no sabían dónde poner el rabo. No dijo naa, como es su costumbre, las destapó, raspó las uñas adentro y las dejó como las encontró... —comentaba El Muleto.

—Después no les paraba con naa la cursera... Ni tapón les servía, la tripa afuera... —La Garza.

—Polvo de uña revuelto con vino e palma que es caliente, los reventó por dentro... Déjenlo ya, se los digo... —otra vez El Muleto.

***

En otra oportunidad fueron a comer, el sol a medio cielo. El quedó sólo en el surco. De pronto la algazara.

—Lo picó... lo picó... y víbora negra que es de las malas. Chiquita pero ya mata...

Él apenas alzó la cabeza y observó, antes de seguir cortando.

El mordido había metido, como acostumbraba, la mano sigilosa en la bolsa de la comida de Ño Antonio.

—Mandar a buscar a don Pittí, La Perra, es lo preciso, que es buen curandero... Y el remedio de Taylor...

A sabiendas de lo que había sucedido, con el deseo secreto de reír, a pasos medidos se metió monte adentro. Pronto regresó. Traía un puñado de hojas molidas, machacadas entre piedras. Mientras tanto el mordido mojado de sudor, la faz verdosa, acorralado por el terror, apretaba la mano afectada en un aparente intento de retener el veneno en la extremidad e impedir que se extendiera.

—Y metió otra vez la mano en mi churuco...? Es que el hombre quería más comía...? Y la burla qué se hizo, pa qué lao juyó...?

Reía de verdad, con risa que no le habían conocido antes.

—Tome, póngase en la mordía... Meta el deo en eso, que le jala el veneno... Y no toque otra vez lo que no le tiene cuenta... Aprenda algo... , —se retiró.

—Se los había dicho que dejaran al hombre... Ya vieron cómo se rió pa adentro...